



Resumen

NO ES UN MAL MENOR

Niñas, niños y adolescentes en el conflicto armado

Tomo 8 del Informe final de la Comisión de la Verdad de Colombia



CON EL APOYO DE:



Embajada
de la República Federal de Alemania
Bogotá



LEGADO
COMISIÓN DE LA
VERDAD





Resumen
NO ES UN MAL MENOR
Niñas, niños y adolescentes en el conflicto armado
Tomo 8 del Informe final de la Comisión de la Verdad de Colombia



CON EL APOYO DE:



Embajada
de la República Federal de Alemania
Bogotá



LEGADO
COMISIÓN DE LA
VERDAD



**Representante**

Tanya Chapuisat

Representante adjunta

Victoria Colamarco

Especialista de Protección

Julien Hayois

Asociada de Protección

María Alejandra Ortiz Ruiz

Consultora

Katherine López Rojas

Autora (Consultora)

Diana Britto

Editora

Sofía Libertad Sánchez

Agradecimientos especiales al grupo de adolescentes y jóvenes que contribuyeron con sus recomendaciones técnicas.

Colectivo Generación V+

Santiago Ramírez

Andrés Pemberty

María Camila Saavedra

María Paula Palacios

Juan Gonzáles

Red de Nacional Participación Adolescentes en Movimiento por sus Derechos de UNICEF

Liseth Daniela Sánchez

María Fernanda Ramírez

Juan Felipe Montenegro

Juliana Bustos

Alejandra Plata

Concepto, diseño, ilustración y diagramación

Taller Creativo de Aleida Sánchez B. SAS

www.tallercreativoaleida.com.co

Diseño y diagramación

Zamara Zambrano Sánchez

Ilustraciones originales

Mario Urazan Roncancio

Dirección de arte

Aleida Sánchez Buitrago

© Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF)

Primera Edición

1 de octubre del 2023

ISBN X0X0X0X0

Este material ha sido producido gracias al apoyo del Ministerio Federal de Relaciones Exteriores de Alemania.

Este material se construyó a partir del Tomo 8 No es un mal menor del Informe de la Comisión de la Verdad de Colombia, publicado en 2022. Las afirmaciones y opiniones expresadas en esta publicación no reflejan, necesariamente, las posiciones del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, UNICEF.

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa del editor.

Contenido

1



Ausencias y orfandades en la vida de las niñas, niños y adolescentes víctimas del conflicto armado
Pág **5**

Recomendaciones en torno al tema de las ausencias y orfandades
Pág **12**

2



El desplazamiento forzado en la vida de las niñas, niños y adolescentes
Pág **13**

Recomendaciones en torno a los impactos del desplazamiento
Pág **22**

3



El conflicto armado en la escuela y sus entornos
Pág **23**

Recomendaciones en torno a las afectaciones contra la escuela y sus entornos
Pág **30**

4



Vinculación de niñas, niños y adolescentes por actores armados
Pág **31**

Recomendaciones en torno a la vinculación de niñas, niños y adolescentes por actores armados
Pág **50**

5



Romper la cadena de violencias: afrontamientos y resistencias de las niñas, niños, adolescentes y jóvenes
Pág **51**

Introducción

El tomo *No es un mal menor. Niñas, niños y adolescentes en el conflicto armado* aborda los impactos de la guerra y las violencias que se dirigieron contra la población menor de dieciocho años, según las tendencias extraídas de la escucha de 2.744 testimonios que hablaron de las vivencias del conflicto en estas edades¹. De ahí surgieron, no solamente los mensajes claves del libro, sino también las palabras explícitas de las 200 voces que aparecen en sus páginas y cuyos testimonios fueron contrastados con la revisión de 140 informes, 75 casos y 31 bases de datos². Los testimonios, en su mayoría de infancias del pasado, mostraron a las *ausencias y orfandades, ya las afectaciones contra la escuela y sus entornos* como las experiencias más invisibles sufridas por la niñez y la adolescencia colombianas, mientras el *desplazamiento forzado* fue la violencia más repetida y masiva. El tomo también ahonda en la *vinculación de niñas, niños y adolescentes a los actores armados* como fenómeno intencional y sistemático del conflicto colombiano y, finalmente, trata los *afrontamientos y resistencias* de estas víctimas, que a pesar de estar marcadas por experiencias tan dolorosas encontraron formas de luchar por sus derechos y resignificar sus historias.

El objetivo del presente texto es ofrecer una narración breve y sencilla de los aspectos más importantes que se desarrollan en este tomo del *Informe Final* de la Comisión de la Verdad de Colombia, para que el reclamo de los niños, niñas y adolescentes que sufrieron la violencia sensibilice a las nuevas generaciones, a la sociedad colombiana y a una comunidad internacional que busca informarse sobre las violaciones de derechos humanos ocurridas con ocasión del conflicto interno colombiano.

1 Para ver una presentación del tomo en formato audiovisual, ir al siguiente enlace: <https://youtu.be/l2nCpe6VIS8>.

2 El grueso de la información estadística correspondiente a este tema, para todos los períodos del conflicto analizados, fue consolidado en un anexo estadístico del tomo, que se puede consultar en el siguiente enlace: <https://www.comisiondelaverdad.co/anexo-estadistico-capitulo-ninas-ninos-y-adolescentes-no-es-un-mal-menor>.

11

Ausencias y orfandades

en la vida de las niñas,
niños y adolescentes
víctimas





1 Ausencias y orfandades en la vida de las niñas, niños y adolescentes víctimas

«Era de noche y se escuchaban perros aullando. Aullaban y ladraban mucho. No sé ni qué hora era. Tampoco sé si fue ese día o antes, pero se escuchaba mucha gente, muchos pasos. Creímos que era el Ejército, porque siempre que patrullaban se oían muchos pasos. Mi mamá sirvió la cena –entonces sí era de noche– y el perro seguía ladrando».

La violencia llegó a la vida de **Olga María**³ cuando apenas era una niña como una premonición y una conciencia vaga del riesgo. Confunde horas, días y acontecimientos, porque solo tenía cinco años cuando empezaron a acumularse las pérdidas y violencias en su entorno. Ella nació en Simacota, Santander, el 5 de enero de 1983, en una pequeña vereda llamada Puerto Nuevo. Cuenta que una de esas noches se les metió un tigrillo a la casa y para no delatar su presencia ante los hombres armados que merodeaban la finca, lo espantaron con un mechero. Estos hombres eran Los Masetos, miembros de un grupo paramilitar que surgió en los años ochenta, y venían persiguiendo a su padre, militante de la Unión Patriótica⁴.

Los recuerdos de Olga María, aunque confusos, llegan como los fognazos de una violencia que la marcó antes de que pudiera entenderla. Recuerda que comía su desayuno cuando les llegó la noticia del asesinato del tío: «¡Mataron a Marino!»

3 Transcripción de la entrevista en: <https://archivo.comisiondelaverdad.co/explora/detalle/627-VI-00002> También pueden escuchar un fragmento del testimonio de Olga María en el siguiente enlace: <https://www.comisiondelaverdad.co/aun-espero-papa>

4 Partido político de izquierda surgido de los diálogos de paz entre el gobierno de Belisario Betancur y las FARC-EP, en 1985.

Marino vivía en Puerto Nuevo, era otro hermano de mi papá. Mi mamá dejó todo... yo no sé si hasta dejó el fogón prendido. Ese fue el primer desplazamiento que tuvimos en la vida».

La forma en que niños, niñas y adolescentes han experimentado la guerra en Colombia se puede definir como una compleja cadena de violencias y de pérdidas: pérdida de los padres, de los territorios, de su patrimonio, de las costumbres y tradiciones ancestrales, del estudio, de sus escuelas, maestros y compañeros de clase, de sus amigos y juguetes... de sus sueños de infancia. A menudo, estas iniciaron con eventos premonitorios, hechos con los que iban adquiriendo una conciencia del peligro al que estaban expuestos. A estos vaticinios les siguieron pérdidas cuyo origen casi siempre se asocia con el primer desplazamiento, que en realidad siempre es producto de victimizaciones anteriores: amenazas, asesinatos, desapariciones, secuestro, extorsión, violencia sexual, intentos de reclutamiento. Las familias se desplazan y en los lugares de acogida es común que persista el conflicto en alguna de sus formas, por lo que la violencia no termina allí, solo se transforma.

Olga María y su familia, cuando salieron desplazados por primera vez de la vereda, habían conseguido salvar la vida, pero aún no habían soltado las cargas de la guerra. En ese enero de 1989 se materializó la *ausencia* definitiva del padre: «Ese día era temprano en la mañana y mi mamá le había dicho a mi papá que no se fuera otra vez a la finca. Me acuerdo de que ellos discutieron esa noche por eso, y mi papá: “No, pero los marranos y el perro”. Yo me acuerdo de que le dije: “Ay, sí, papi, mi perro Coconito, me lo trae... ¡o vamos!”; y mi papá: “No, yo voy solo, voy mañana”. [...] Eso fue el 15 de enero... a la fecha han pasado 31 años desde que no volvió».

El cadáver del papá de Olga María nunca apareció. **Es una de las 121.768 personas, incluidos 28.192 niños, niñas y adolescentes, que fueron documentadas como desaparecidas entre 1985 y 2019 por la Comisión de la Verdad.** Y ella es una de los muchos niños, niñas y adolescentes huérfanos que no han entrado en los registros de orfandad en sesenta años de conflicto armado⁵. A pesar de manifestarse de muchas formas, las ausencias

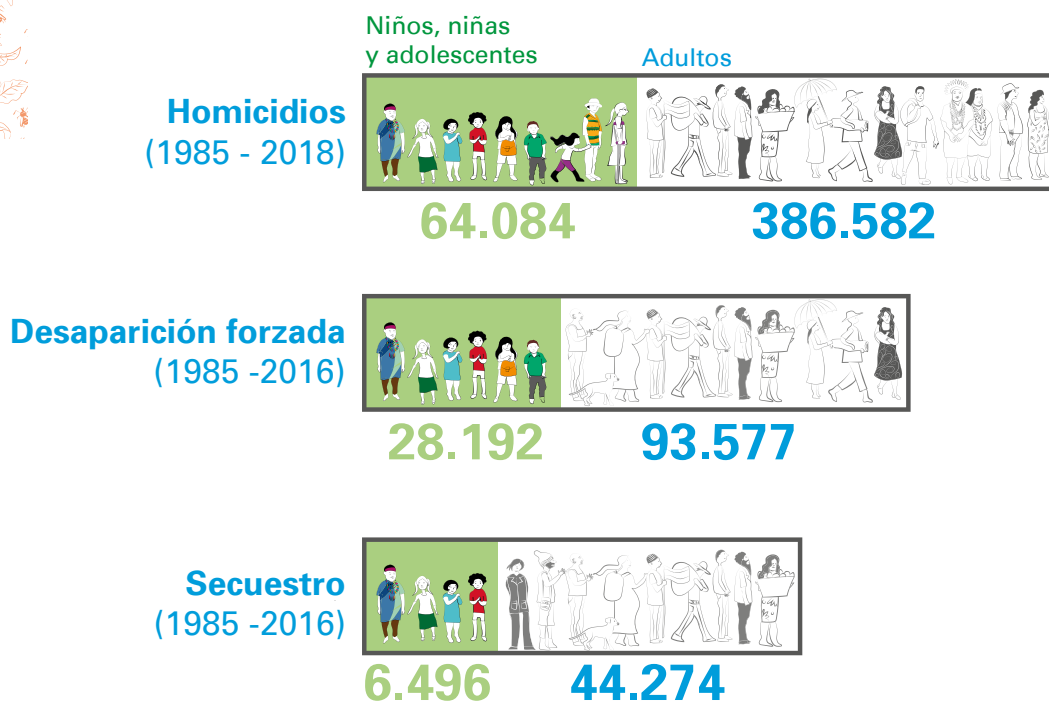
5 Esta falta de registro, es decir, la falta de conteo de las personas víctimas de esta violencia o de cualquier otra da origen a un fenómeno conocido como «subregistro»; es decir, se cree que el número de personas afectadas es menor al real solo porque no han sido contadas ni incluidas en bases de datos institucionales.





y orfandades pasaron inadvertidas durante décadas. Fueron víctimas que no se contaron, por lo que esta es una de las verdades imposibles que nos ha dejado la guerra. Las personas menores de dieciocho años huérfanas por el conflicto se empezaron a registrar desde el 2011 y solo cuando fueron atendidas por las instituciones del Estado. Si quedaban al cuidado de otros parientes, no las contaban, por lo que las cifras no reflejan, ni de cerca, la realidad de lo ocurrido en Colombia.

Total de personas víctimas de violencias por curso de vida



Fuente: JEP-CEV-HRDAG, «Proyecto conjunto de integración de datos y estimaciones estadísticas», corte de junio de 2022.

La falta de atención a quienes sufrieron estas pérdidas siendo niños y niñas repercute en duelos no elaborados⁶ e impactos psicológicos que pueden llegar a durar toda la vida, pues a una edad tan temprana las personas no consiguen explicarse experiencias tan desgarradoras como la desaparición, el secuestro o la muerte en combate, y las razones que encuentran suelen producir más daño. Por

6 En los duelos no elaborados las personas tienen dificultades para atravesar las emociones derivadas de la pérdida del ser querido, así como las etapas usuales del proceso de duelo. Pueden quedarse mucho tiempo en una fase de «negación», buscar culpables, o experimentar durante años emociones de ira, rabia y tristeza sin alcanzar el punto de equilibrio que normalmente llega con la aceptación de la pérdida.

ejemplo, creen que el hecho pudo deberse a su comportamiento, y así, además del dolor, cargan con una culpa sin sentido. Olga María, treinta años después, no deja de insistir en la falta que le hace su papá, y asocia hechos que sufrió después, como el maltrato y la violencia sexual por parte de sus familiares, con su orfandad paterna. Dice que anhela devolver el tiempo: «Decirle a mi papá que no vaya a esa finca, porque no tiene nada que ir a hacer allá. Pues nos quedamos solos, y ahí es cuando empieza la guerra con uno mismo, la guerra de la supervivencia, la lucha para poder comer, para poder vivir».

Las vivencias de ausencia y orfandad, si bien comparten algunos puntos comunes, se vivieron de maneras distintas según la violencia que las ocasionó. Además del homicidio y la desaparición, estuvo también el secuestro (de los padres o de los propios niños, niñas y adolescentes) y el caso de los hijos e hijas de quienes combatían en la guerra. **Juan David** y **Juana Valentina**⁸ son ejemplos de uno y otro caso. Ambos comparten las sensaciones de incertidumbre y desasosiego por la falta de noticias, que es lo mismo que sufren los familiares de los desaparecidos cuando no se halla el cuerpo del ser querido: «Mi mamá decía: “Se lo comieron los chulos⁹”. Yo odio ese animal. De hecho, cuando veía uno, no veía la hora de matarlo, porque yo decía que iba a encontrar a mi papá ahí», cuenta Olga María.

En los testimonios de las niñas y niños que sufrieron el secuestro de sus padres o que eran hijos de actores del conflicto coexisten dos percepciones un tanto paradójicas, pues aunque los adultos les ocultaran información con la intención de protegerlos, ellas y ellos de todas maneras percibían y entendían mucho de lo que sucedía a su alrededor, así no tuvieran edad para procesarlo: «Siento que sé todo desde siempre», dice Juana Valentina, «para mí era claro que era una cuestión de vida o muerte. Había cosas que no se podían decir, había que inventar historias sobre ciertas cosas porque si no, nos podían matar». Ella es hija del comandante de una de las guerrillas desmovilizadas

7 Transcripción de la entrevista en: <https://archivo.comisiondelaverdad.co/explora/detalle/068-VI-00022>
Un fragmento del testimonio se puede escuchar en el siguiente enlace:
<https://www.comisiondelaverdad.co/los-silencios-del-secuestro>

8 Transcripción de la entrevista en: <https://archivo.comisiondelaverdad.co/explora/detalle/475-VI-00003>

9 En Colombia, los «chulos» son unas aves carroñeras que se conocen como «zopilotes» en otras partes de Latinoamérica.





en las negociaciones de los noventa¹⁰, quien finalmente fue abatido por miembros de la fuerza pública luego de haber dejado las armas, cuando Juana Valentina tenía diez años.

Saber estas cosas implicaba adquirir una conciencia práctica del problema. En el caso de Juana Valentina, significaba cambiar de hogar cada cierto tiempo, inventar historias: fabricarse una máscara con la que ocultar su verdadera identidad. En el caso del secuestro, implicó atreverse a negociar directamente con los captores; hablar con sus padres a través de la radio, con miles de personas atestiguando tu dolor; salir a protestar en marchas multitudinarias, y hasta recoger dinero para contribuir al pago del rescate. Esto hizo la hermana menor de **Tatiana**¹¹, una niña que fue secuestrada en dos ocasiones por las FARC-EP: «Cuando vendió los brownies, le trajo a mi mamá una bolsita con plata, y le dijo: “Esto es para mi hermana” ».

Pero quizá lo más difícil de aceptar, al final del camino, y luego de alimentar una esperanza depositada en los numerosos esfuerzos infantiles, fue la muerte de esos padres, a veces imaginados, a veces vistos en los noticieros y a veces acompañados en su deterioro durante el secuestro: «Siempre pensé en el encuentro que íbamos a tener, no importaba cuánto tiempo tardaría. Pensaba que iba a salir con vida, que nos íbamos a abrazar, a conocernos y compartir», dice **Jhonatan**¹², hijo de un sargento del Ejército secuestrado por las FARC-EP cuando él aún no había nacido, que lo esperó infructuosamente durante trece años. Esta idea también ronda en el testimonio de **Andrea del Pilar Trujillo**, hija de un teniente coronel asesinado por las FARC-EP cuando ella tenía diez años: «Y es que no es lo mismo que te digan que a tu papá le dio un infarto y murió, que es algo fulminante, sino la forma: tener que escuchar y procesar eso en tu mente a tan corta edad. Es algo que a uno lo aterriza inmediatamente a la realidad de la vida y así mismo te hace madurar más temprano, madurar a la fuerza».

Olga María, parada desde la orilla de quien vivió una orfandad todavía más desamparada a raíz de la pobreza, une su voz a la de estos jóvenes y adultos que

10 Dicho proceso de paz incluyó a la mayoría de los grupos guerrilleros, a excepción de las FARC-EP y el ELN. En ese sentido, se desmovilizaron combatientes del Ejército Popular de Liberación (EPL), del Movimiento 19 de abril (M-19), de la Corriente de Renovación Socialista (CRS), del Partido Revolucionario de Trabajadores (PRT), y del Movimiento Armado Quintín Lame (MAQL).

11 Transcripción de la entrevista en: <https://archivo.comisiondelaverdad.co/explora/detalle/071-VI-00004>

12 Transcripción de la entrevista en: <https://archivo.comisiondelaverdad.co/explora/detalle/341-VI-00014> También pueden escuchar un fragmento de la entrevista en la voz de Jhonatan en el siguiente enlace: <https://www.comisiondelaverdad.co/el-encuentro-que-nunca-llego>

sintieron cómo les arrebataron los años felices de la infancia: «No tuve nunca una muñeca. Hoy en día veo esas burbujas que soplan y soy feliz con eso, porque yo no tuve infancia, yo tuve responsabilidades siendo niña». Los duelos vividos en solitario dejaron a niñas, niños y adolescentes a su suerte, aferrándose a lo que podían. Con sus familias sometidas a una crisis profunda, nadie pudo ocuparse de su dolor. Juan David, a quien le secuestraron ambos padres en el plagio masivo de la iglesia La María en Cali, cuando tenía once años, se refugió en el dibujo; otros buscaron situaciones de confrontación, recurrieron al consumo de sustancias como alcohol, marihuana o basuco, o formaron familias a edades tempranas. Y entre estos, muchos siguen cargando con las consecuencias materiales y emocionales de las pérdidas décadas después de los hechos. En la mayoría de los relatos, aparece como una constante el aplazamiento de los deseos, la simulación de fortaleza y la adopción de un rol silencioso e invisible en la familia: «Estaba rota, pero no lo podía demostrar, tenía que ser fuerte, como mi papá y mi mamá», escribió en una carta la hija de uno de los diputados del Valle asesinados en el año 2007 por las FARC-EP luego de cinco años de cautiverio. Los niños y niñas que fueron secuestrados acudieron a esta misma lógica: «El motor que yo tenía era volver bien para mis papás, no por mí. Tenía que resistir porque sabía que estaban sufriendo, y yo desde allá no podía hacer nada más que estar bien», dice **Tatiana**.

Además de los impactos emocionales derivados del duelo, los hijos e hijas de combatientes tuvieron que cargar con el peso de una identidad no elegida, de una marca que los inscribe en una historia de odios y los arroja de vuelta al ciclo de violencia sin fin. Etiquetados como «los hijos de», llegaron a recibir peligrosos sobrenombres, desde «paraquitos» a «guerrilleritos», lo que implicó que crecieran con un estigma difícil de borrar y que a muchos los condujo al exilio, pues el señalamiento por su procedencia podía acarrearles nuevas victimizaciones. Juana Valentina explica de este modo el sentimiento ambivalente de cargar con una identidad a cuestas: «Es muy jodido, porque yo no estoy en contra de las ideas de mis papás, pero pues tú no eres tus papás».





Recomendaciones en torno al tema de las ausencias y orfandades:

Al respecto del subregistro¹³ expuesto previamente, la Comisión de la Verdad recomendó hacer un censo que haga visible la orfandad como una forma de reconocimiento simbólico de lo acontecido a miles de niños, niñas y adolescentes en Colombia a lo largo de la historia del conflicto. Y que, adicionalmente, se cree un programa de atención psicosocial con énfasis en superar los impactos de esta forma de violencia, independientemente de que las víctimas ahora sean personas adultas.

¹³ Se refiere a que los datos sobre la manera como ocurren estos hechos en el país no reflejan en su totalidad todo lo que ocurre, debido a múltiples razones, por ejemplo, que no se denuncie, que cada entidad registre información de manera particular y diferente a otra institución, entre otras.



2 El desplazamiento forzado en la vida de las niñas, niños y adolescentes

La diversidad de voces de las personas que quedaron huérfanas a temprana edad o de quienes vivieron ausencias prolongadas por causa del conflicto deja ver que la violencia tocó a todas las capas de la sociedad colombiana. Sin embargo, en el caso del desplazamiento, las afectaciones contra la escuela y sus entornos, y la vinculación de niñas, niños y adolescentes a actores armados, la violencia sin duda se concentró en los territorios más apartados y pobres del país. Para describir las condiciones de estos lugares hay un término: “pobreza multidimensional”. Este se refiere a los obstáculos que existen en determinadas zonas para acceder a derechos fundamentales que debería garantizar el Estado. La mayoría de los protagonistas de esta historia hablan desde los rincones más olvidados de nuestra geografía; tratan de elevar una voz que fue muchas veces ignorada mientras crecían, porque atender sus necesidades no fue una prioridad. Este es el caso de **María Victoria**¹⁴, quien vivió la masacre de cinco miembros de su familia a manos de las FARC-EP en Puerto Lleras, Meta, cuando tenía catorce años. No hubo razones, «porque nosotros sabíamos era de campo, nada más», dice ella.

Hacia 1999, Puerto Lleras era conocido por ser un «pueblo fantasma» debido a las 1.145 personas que fueron obligadas a abandonarlo por amenazas,

14 Transcripción de la entrevista en: <https://archivo.comisiondelaverdad.co/explora/detalle/189-VI-00198>

homicidios selectivos y masacres, como la que sufrió la familia de María Victoria. El desplazamiento es una de las violencias que más ha lastimado a la niñez y adolescencia colombianas. **Es una experiencia de la que pueden dar testimonio 3.049.527 niñas, niños y adolescentes registrados desde 1985 hasta el 2019, y que corresponden casi al 40% de las víctimas documentadas de esta violencia.** El desplazamiento es el primer eslabón de una larga cadena de victimizaciones, con las cuales esta población va perdiendo el acceso a sus derechos, y pese a ser el hecho violento «mejor» atendido por la institucionalidad, no ha conseguido reparar de manera satisfactoria a los millones de víctimas; entre ellas, a los más jóvenes.

Porcentaje de niños, niñas y adolescentes víctimas de desplazamiento



Cuando por primera vez las familias deben abandonar sus casas y el entorno que ha sido su vida hasta ese momento, se presenta la ruptura de partir con el miedo y el recuerdo de la violencia a cuestas, dejar la tierra y la vida conocida, enfrentar la incertidumbre sobre el futuro y una precariedad que casi siempre empeora tras arribar a nuevos lugares, en los que los recién llegados carecen de redes de apoyo. Pero, además, las niñas, niños y adolescentes tienen pérdidas particulares: dejan amistades, juguetes, mascotas y un territorio que les permitía moverse. Y en medio de la tragedia familiar o comunitaria, nadie se ocupa de sus necesidades específicas. Olga María dejó a Coconito, su perro; **Lucía**¹⁵, quien se desplazó desde La Montañita, Caquetá, a los

15 Transcripción de la entrevista en: <https://archivo.comisiondelaverdad.co/explora/detalle/628-VI-00016>





doce años, perdió a su mejor amiga: «Yo era muy amiga de una niña que se peinaba igual a Paquita Gallego¹⁶. Así, con la colita. Le había cogido muchísimo cariño. Cuando se desplazaron, me acuerdo que llegó una línea de guerrilleros. Fue en cuestión de segundos: les dieron diez minutos y salieron el papá, la mamá y ella, cada uno con un bolso, ella estaba descalza, y tenían otra niña más pequeña. Me acuerdo tanto. [...] ¿Razones? Ni idea, pero no la volví a ver. Fue mi primera amistad perdida».

La llegada a nuevos lugares, casi siempre a ciudades grandes, trae consigo nuevas penurias. El desplazamiento también ha afectado de manera desproporcionada a las mujeres: del total de desplazamientos documentados, 3.994.536 fueron de mujeres, lo que equivale al 51,5%. De estas, 1.520.727 eran niñas o adolescentes en el momento de los hechos. Sobre ellas recaen varias de las necesidades más apremiantes que enfrentan las familias desplazadas luego de instalarse en un nuevo lugar, como la obtención de un sustento económico o el cuidado de los familiares. Olga María recuerda haber trabajado desde muy niña: «Yo con seis años me montaba a los racimos de plátano. Mi abuelo recogía el plátano de la orilla de Puerto Nuevo, se lo mandaba a mi mamá y nosotros lo vendíamos». Lo mismo sucedió con **María Victoria**, quien desde la adolescencia trabajó en las minas de esmeralda de Otanche, en Boyacá, luego de haber salido desplazada del Meta. Más tarde fue empleada doméstica y obrera de una fábrica; siempre cumpliendo dobles jornadas, bajo condiciones de explotación y con salarios que apenas le daban para subsistir. Los niños, niñas y adolescentes se vieron expuestos al trabajo infantil en sus peores formas y fueron explotados porque, en su mayoría, preferían pagos mal remunerados o que afectaban su salud en lugar de recurrir a la mendicidad¹⁷: «La señora me consiguió un trabajo en una casa de familia», cuenta **Isabel**¹⁸, quien fuera desplazada desde Ábrego a Cúcuta, Norte de Santander, «yo tenía catorce años y era interna¹⁹, así al menos me daba para la comida porque era muy poco lo que me pagaban, pero peor es estar por ahí sin hacer nada y en la calle».

16 Personaje principal de una telenovela transmitida en la televisión colombiana desde finales de 1997 hasta mediados de 1999.

17 La mendicidad es el estado social y económico de aquellas personas que dependen de limosnas o del favor de los demás para garantizar su fuente de subsistencia. Personas sin trabajo, sin ingresos y sin independencia financiera tienen que recurrir en muchos casos a esta práctica para poder sobrevivir.

18 Transcripción de la entrevista en: <https://archivo.comisiondelaverdad.co/explora/detalle/224-VI-00073>

19 Empleada doméstica que vive en el mismo lugar donde trabaja.

Al llegar a vivir en lugares marginales, las personas menores de dieciocho años también se vieron expuestas a ser reclutadas o utilizadas por los actores armados que operaban en los territorios de acogida: «Nosotros llegamos desorientados, sin saber nada de la ciudad y finalmente lo que se tiene más cerca es ese ofrecimiento. Cuando uno ve que no hay otras posibilidades ni oportunidades, termina enredado». Esto cuenta **Diego**²⁰, quien llegó de Ituango, Antioquia, al barrio Manrique, en Medellín, en el año 1995, cuando tenía catorce años, durante uno de los períodos más álgidos del paramilitarismo en las barriadas populares.

Fue así como el desplazamiento empeoró en muchos aspectos una existencia que ya era precaria en las zonas rurales de donde salieron la mayoría de las personas, incluidos los niños, niñas y adolescentes. Algunos accedieron con más facilidad al sistema escolar o de salud, pero a costa de sacrificios muy dolorosos, que no hicieron nada fácil la adaptación al clima y a la hostilidad de las grandes ciudades. El primer desplazamiento vino con la angustia de tener que moverse tan pronto se presentaran nuevos peligros, pues casi siempre los traslados fueron múltiples.

Esto no solo afecta la obtención de estabilidad y la posibilidad de proyectar un horizonte de vida, también provoca una separación violenta del entorno conocido y una desconexión del territorio, lo que es particularmente destructivo para los pueblos y comunidades indígenas, afrocolombianos, raizales y palenqueros. **Las personas de estas comunidades representan el 17,8% de las víctimas documentadas de esta violencia en un país donde apenas corresponden a un 13,74%, según datos del censo del 2018.** Y esta dificultad para la adaptación, que casi siempre implica la pérdida de las raíces y del reconocimiento de la cultura propia, ha afectado incluso la continuidad de los estudios y la construcción de nuevos vínculos: «Cuando llegué al colegio todos me miraban raro, eso no se me olvida. [...] Hasta que me gradué solo conseguí una amiga. Ella tenía una discapacidad. Yo creo que por eso se acercó a mí, porque, claro, ella quizás también se sentía sola», dice **Alejandra**²¹, quien llegó desplazada

20 Transcripción de la entrevista en: <https://archivo.comisiondelaverdad.co/explora/detalle/058-CI-00771>

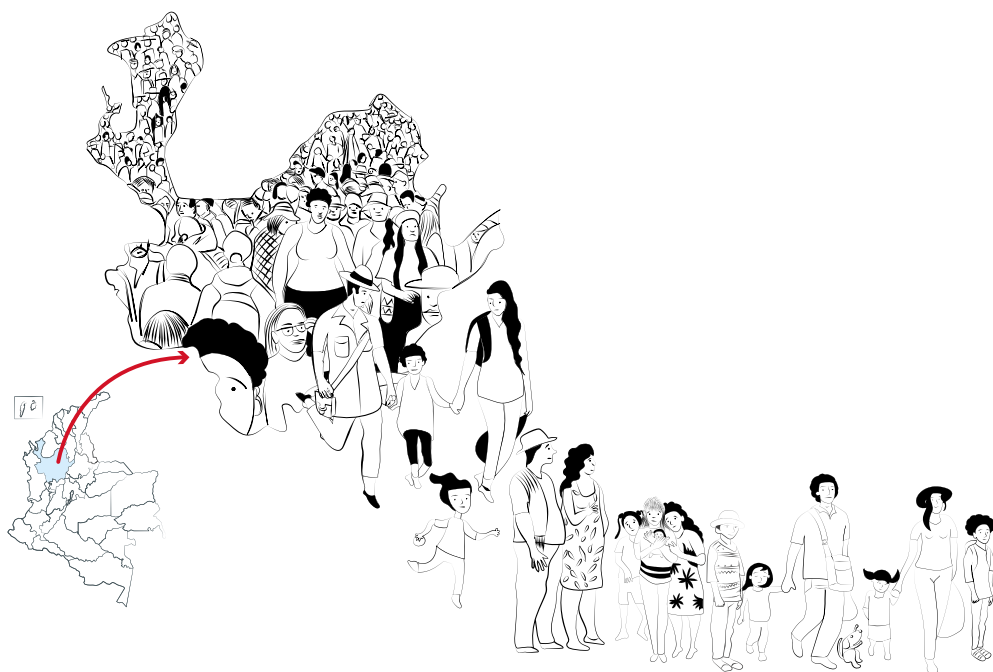
21 Transcripción de la entrevista en: <https://archivo.comisiondelaverdad.co/explora/detalle/172-VI-00005>





a los doce años a Belén de Umbría, Risaralda, desde **Antioquia**, el departamento que ha tenido más víctimas de esta violencia a lo largo de todo el conflicto colombiano²².

Departamento con el mayor número de personas desplazadas



Antioquia, 1.8 millones de personas desplazadas

Sumadas al trabajo infantil, a la violencia sexual y a la vinculación a actores armados, la pérdida de la educación formal y las rupturas familiares se cuentan como los principales efectos del desplazamiento. Para sobrevivir, las familias a menudo tuvieron que separarse y la asistencia a la escuela fue visiblemente perjudicada por la sobrecarga de roles dentro de los hogares afectados: «Yo estuve unos cinco años

22 Más de 1,8 millones de personas se han desplazado desde este departamento. De este total, el 14,6% corresponde a niñas y niños entre cero y cinco años; 12,2%, entre seis y once, y 10,7% a adolescentes entre doce y diecisiete años. Las cifras de recepción de personas desplazadas también ponen a Antioquia en el primer lugar con 1.689.685 personas, lo que podría indicar que un alto número de estas se reubicaron en el mismo departamento o ciudad (Base de datos, Registro Único de Víctimas, Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas, con corte del 6 de abril del 2022).

que no estudiaba, igual que mis hermanos, pues teníamos que trabajar», cuenta **Víctor**, desplazado a los diez años desde La Gabarra, Norte de Santander.

De este modo, a quienes salieron de sus veredas y municipios en edades tempranas, el desplazamiento les ha impedido construir una identidad anclada a su territorio de origen, ha roto la transmisión de saberes ancestrales²³, los ha condenado a la pobreza y ha mermado sus deseos de regresar. **De las 9.176 víctimas de desplazamiento registradas en las entrevistas de la Comisión de la Verdad, el 66,2% no ha retornado a su lugar de origen. Por otro lado, entre las personas que sufrieron el hecho siendo menores de dieciocho años, el retorno solo llega al 30,14% en población mestiza y al 31,27% en población étnica.** Del total de jóvenes desplazados a partir de 1998 inscritos en el Registro Único de Población Desplazada²⁴, un 8,8% desea retornar; el 89% no lo quiere y el 2,3% no sabe aún. Las cifras nos dejan frente a una realidad desgarradora para Colombia: el vaciamiento de los campos, cuya población joven disminuye año tras año. **En la población menor de dieciocho años es en la que se observa un mayor decrecimiento de la proporción, ya que en 1985 esta población correspondía al 48,2% del total, en tanto que para el 2020 decreció al 35,5%, pasando de cinco a cuatro millones en poco más de tres décadas.**

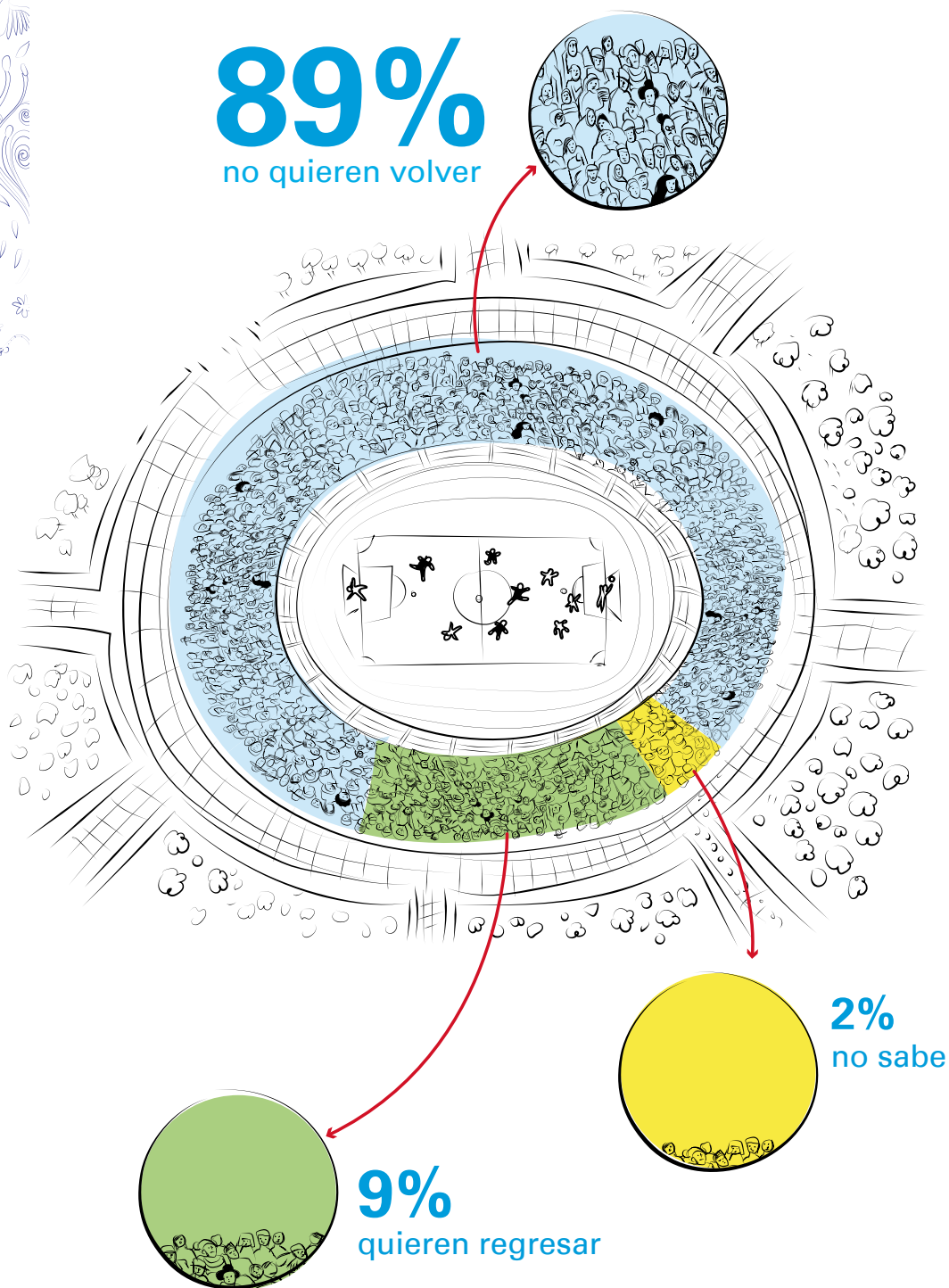
23 Los saberes ancestrales son conocimientos forjados durante largos períodos de tiempo por distintas culturas, que normalmente surgen del contacto estrecho que estas mantienen con sus territorios. Estos saberes suelen transmitirse de generación en generación a través de prácticas orales y rituales, aunque no exclusivamente, y por eso mismo viven transformaciones constantes.

24 En este registro la población víctima de esta violencia declara los hechos sufridos, que entonces son inscritos en un sistema de información. El objetivo de dicha sistematización es tener la información actualizada de estas personas con el fin de ofrecerles una atención integral; por ello también se consignan los servicios estatales que han recibido, para hacerle seguimiento a la atención brindada (OCHA Colombia Wiki, «Registro Único de Población Desplazada»).





Intención de retorno en la población joven desplazada



Con todo, algunos de los que antes fueron niños, niñas y adolescentes hoy son adultos que intentan regresar a su tierra: «El 15 de septiembre del 2004 decidí mudarme otra vez para mi pueblo, porque es que yo fui nacida allí y allí me crie. Yo nunca me sentí bien en Cartagena porque, como soy campesina, me gusta mucho el campo y no me pude acostumbrar a la ciudad», dice **Gabriela**. Pese a que al volver enfrentan numerosas dificultades ligadas a la persistencia de la violencia y de la pobreza en los territorios, anhelan recuperar una historia arrebatada, desenterrar la verdad sepultada por la violencia y reclamar de vuelta la tierra que les vio nacer.





Recomendaciones en torno a los impactos del desplazamiento:

El desplazamiento forzado ha ocasionado una reconfiguración demográfica que ha llevado a millones de personas del campo a la ciudad y ha causado enormes impactos culturales, económicos y sociales. Por eso, la Comisión recomendó acelerar la implementación del Acuerdo de Paz, dándole un énfasis especial al punto de tierras, en el que se debe involucrar activamente a la población joven por medio de los Planes de Desarrollo Estratégico Territorial (PDET) y se deben crear condiciones especiales para el retorno al campo de la población menor de 28 años. Y, finalmente, deben continuarse los esfuerzos que conduzcan a una salida negociada al conflicto con los grupos que siguen en armas, para reducir los riesgos que afectan a niños, niñas y adolescentes en los territorios donde persiste la violencia.

3

El conflicto armado en la escuela y sus entornos





3

El conflicto armado en la escuela y sus entornos

Juan Francisco tenía doce años en 2015, cuando la escuela donde estudiaba en Tumaco, Nariño, vivió instantes de auténtico terror: «Pude observar que unos señores encapuchados se bajaron y comenzaron a disparar contra la estación de Policía, al lado del colegio. No paraban, como que ellos disfrutaban disparar, querían acabar con la estación y con los policías que estaban ahí». El niño presenció cómo los policías corrieron a esconderse en las instalaciones del colegio; por fortuna, no hubo muertos, «pero sí heridos, ya que estaban entrando los niños que estudiaban en esa jornada». La de Juan Francisco es solo una de las historias que se pueden encontrar entre **los 881 casos en que la escuela y su comunidad fueron víctimas de explosiones, ataques, control de los actores armados o pernoctación de agentes estatales, guerrillas o paramilitares, entre otras afectaciones que pusieron en riesgo la vida y el derecho a la educación de las niñas, niños y adolescentes colombianos.**

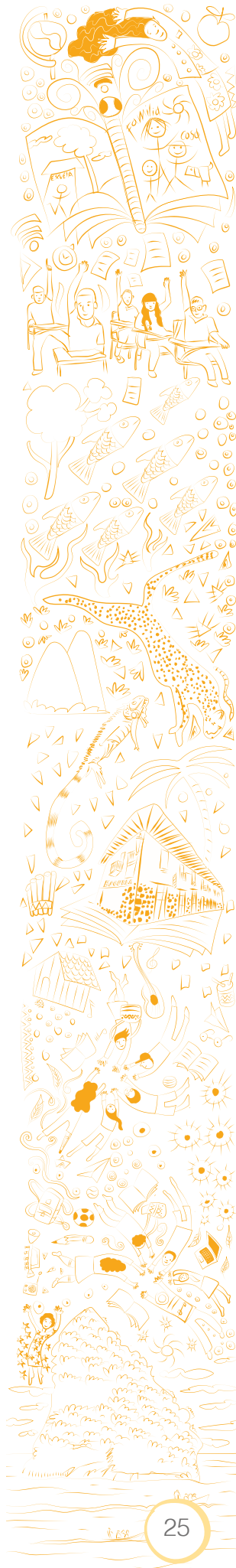
La infraestructura educativa no ha sido, por lo general, el objetivo de los ataques, sino que ha resultado afectada por los enfrentamientos a sus alrededores, por estar cerca de unidades militares o policiales, o cuando ha sido ocupada por los actores armados. De ahí que los movimientos por la paz, en especial aquellos dirigidos por los mismos estudiantes, exijan el traslado de estaciones de Policía

y cuarteles que se hallan muy cerca de las escuelas, con el fin de que se distinga en todo momento entre civiles y combatientes²⁵.

En las zonas rurales, las escuelas frecuentemente han funcionado como lugares de encuentro y reunión de la comunidad. Esto explica, en buena medida, por qué resultan tan atractivas para los distintos actores armados. A menudo son el lugar con mejor infraestructura, pero, además, allí pasan una buena parte de tiempo los niños, niñas y adolescentes, lo que hace de estos espacios un lugar propicio para interactuar con ellos y vincularlos a la guerra. Así ha ocurrido durante décadas en los internados²⁶, a los que van niños y niñas campesinas y de pueblos étnicos que viven en zonas rurales alejadas de la escuela, por lo que no pueden ir y volver a casa diariamente. Así pues, los internados han sido espacios educativos asediados por los grupos armados para el reclutamiento. Pero otro tipo de escuelas también han sido tomadas y controladas por grupos armados, como ocurrió, entre 2001 y 2006, en un caso tristemente célebre en el corregimiento de Riachuelo, municipio de Charalá, en Santander, con la complicidad de la rectora del colegio²⁷. Allí, las niñas y adolescentes fueron obligadas a sostener relaciones con los miembros del Frente Comuneros Cacique Guanentá del Bloque Central Bolívar (BCB)²⁸ y los niños y adolescentes varones fueron vinculados al grupo armado.

El derecho a la educación es uno de los más difíciles de garantizar en veredas y municipios alejados: de modo que, por medio del control de las escuelas, los actores armados no solo ganan adeptos al dominar aulas y cátedras, también se hacen con el favor de la ciudadanía, la cual agradece la provisión de estos servicios que el Estado no asegura.

- 25 Ejemplo de esto fue la acción de tutela que interpuso la personera estudiantil de una escuela en Zambrano, Bolívar, así como el paro de los 200 estudiantes de un colegio rural en Apartadó, Antioquia, gracias al cual lograron que la base militar que estaba en las inmediaciones de su institución se corriera 400 metros del sitio donde estaba.
- 26 Los internados rurales son una estrategia que empezó a implementarse en Colombia en 1959 a partir del Programa de Núcleos e Internados Escolares Rurales. Surgieron en la primera mitad del siglo XX con el fin de elevar el nivel educativo en las zonas rurales y se convirtieron en una de las pocas opciones para el acceso a la educación en los territorios alejados (Ministerio de Educación Nacional, «Plan especial de educación rural», 117).
- 27 Un video sobre la historia de este caso se puede ver en el siguiente enlace: <https://youtu.be/UTOJyTpBRAY>
- 28 Estructura paramilitar adscrita a las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) que operó en la parte alta de la cordillera Cordillera Oriental, en los departamentos de Santander y Norte de Santander, entre el 2001 y el 2006 (Centro Nacional de Memoria Histórica, «Dirección de Acuerdos de la Verdad - Regional Santander. Propuesta de Caracterización de Estructuras del BCB – SB», 1).





Frente a esto, destacan los casos de fundación de colegios por parte de grupos paramilitares, como el Liceo Villanueva, donde tuvo lugar la conferencia inaugural de las AUC²⁹, o las «Escuelas a Esfuerzo Propio»³⁰ financiadas por la Asociación Campesina de Agricultores y Ganaderos del Magdalena Medio (Acdegam), fachada de las extintas AUC. También es ejemplo del control las veces que los actores armados ingresaron a las instalaciones para impartir clases desde allí, como ocurrió durante la operación Orión³¹, ejecutada entre el 2002 y el 2003 en la comuna 13 de Medellín: «La escuela estaba militarizada por dentro. Los militares estaban adentro. Ellos nos daban las clases de educación física, dirigían los actos cívicos, hacían las veces de profesores»³², cuenta **Felipe**³³, quien en ese entonces tenía siete años. En el caso de las FARC-EP, esto se manifestó mediante la Cátedra Bolivariana, la cual fue creada en los años dos mil y llevada a varios colegios del sur del país para ganar base social y reclutar ilícitamente a los estudiantes menores de dieciocho años.

A raíz de esta realidad, la escuela ha sido un territorio en disputa, que ha debido adaptarse al conflicto de las maneras más tristes y dolorosas. Esto cuenta **la profesora Cecilia**³⁴, docente de preescolar en un colegio del Cauca: «La guerra viene desde hace mucho tiempo, no es de ahora nada más. Todos los estudiantes de transición a

29 Las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) fueron una organización que buscó unificar política y militarmente las estructuras paramilitares preexistentes en un proyecto nacional. Auspiciadas por el narcotráfico y por un sector importante de las Fuerzas Militares y de las élites políticas y económicas, su fundación tuvo lugar en 1997 en un congreso convocado por los hermanos Vicente y Carlos Castaño (No matarás. Relato histórico del conflicto armado interno en Colombia, tomo de Hay futuro si hay verdad. Informe Final de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición).

30 Bajo la fachada de la Acdegam, asociación creada el 22 de junio de 1984 con personería jurídica de la Gobernación de Boyacá, se puso en marcha entre 1988 y 1990 el programa de «Escuelas a Esfuerzo Propio», a partir del cual se inauguraron 30 escuelas que, además de favorecer la aceptación del naciente proyecto paramilitar, se autoproclamaron como entornos educativos «patrióticos y anticomunistas». Un exmiembro de las AUC narra de esta manera dicho episodio: «Acdegam contrató un poco de profesores, les pagaban mensualmente sin ayuda del gobierno, solamente la Asociación se encargaba de eso. Construyeron muchas escuelas, ellos y los campesinos se reunían y entre todos hacían convites y construían escuelas de zinc y tabla, quedaban muy bonitas, y le ponían su profesor». Fuente: Fiscalía General de la Nación, Estructura Autodefensas Campesinas de Puerto Boyacá. Postulado: Adriano Aragón Torres. Radicado N.º 110016000253200680628, 21 de febrero de 2019.

31 De acuerdo con un informe de la Corporación Jurídica Libertad entregado a la Comisión de la Verdad, este operativo incorporó cerca de 1.500 hombres de las fuerzas especiales del Ejército, DAS, CTI, Gaula, Fiscalía y Procuraduría. La operación fue realizada en conjunto con miembros del Bloque paramilitar Cacique Nutibara: «Hasta comienzos del año 2002 los paramilitares lograron situarse en los límites de la comuna, principalmente en los corregimientos de Altavista y San Cristóbal y desde allí realizaban incursiones a los barrios, lanzaban ataques a las milicias o atacaban a la población que debía salir a sus lugares de trabajo u otras actividades por fuera de sus barrios. Pero, además, muchos jóvenes milicianos que fueron capturados por la fuerza pública y utilizados como informantes, posteriormente aparecieron vinculados al grupo paramilitar y participaron activamente en la operación Orión» (informe 119-CI-00703, Uribe Tirado et al., «Comisión de esclarecimiento sobre graves violaciones a los derechos humanos en la comuna trece», 8 y 9).

32 Un video sobre esta historia puede ser consultado en el siguiente enlace: <https://youtu.be/sFTuHennEmk>.

33 Esta historia puede encontrarse en la entrevista 621-VI-00003

34 Esta historia se puede ver en el siguiente enlace: <https://youtu.be/x2qO1Erq33o>.

quinto la han vivido. [Durante los combates] esos chiquiticos corriendo a lado y lado, diciendo “¡Mamá!” [...]. En el 2006 o 2007 vino una capacitación de la Cruz Roja, pero solo fue esa vez, de ahí nunca más han vuelto. Lo único que le viene a la cabeza a uno es coger una cosa [tela] blanca y salir [a pedir que cese el fuego]». Así, con trapos blancos o con instrucciones de agacharse o de ponerse detrás de paredes dobles para que las balas no traspasaran, fue como maestras y maestros lograron atenuar los efectos de quedar, cada tanto, en medio del fuego cruzado. El drama de la guerra se vivió al extremo de que salones de clase fueron usados como salas fúnebres para despedir a los compañeros y, en el Cauca, el Bachillerato Técnico Agrícola de Jambaló se convirtió en la primera escuela-búnker de toda Colombia, al construirse un salón con paredes reforzadas que sirviera de refugio a la comunidad educativa durante los combates.

Que la escuela sigue siendo un territorio en disputa también lo demuestran las circunstancias en que los estudiantes terminan inevitablemente vinculados al conflicto, como en este otro caso de Tumaco, uno de los municipios en los que la guerra se ha agudizado tras el proceso de paz de 2016 (hecho que fue corroborado por diferentes voces recogidas por la CEV): «Una de las situaciones más delicadas en la institución es que son muy pocas las familias donde no hay alguien involucrado, de manera directa o indirecta, con estos grupos. De este modo, los roces entre compañeros y compañeras se están convirtiendo en peleas que pueden terminar fácilmente en asesinato», comenta **Doris, docente de una institución educativa.**

Los efectos de esta realidad son devastadores: estudiantes que no regresan al colegio, profesores que se desplazan o que son asesinados, centros educativos clausurados para siempre, lo que continúa ensanchando la brecha educativa entre campo y ciudad. **En las zonas rurales, el promedio de educación recibida es de apenas 6 años, mientras que en las zonas urbanas es de 9,6³⁵.** Los proyectos curriculares propios de los centros educativos rurales, que tienen la virtud de incorporar prácticas estrechamente ligadas al territorio, también se han visto truncados por el peligro que

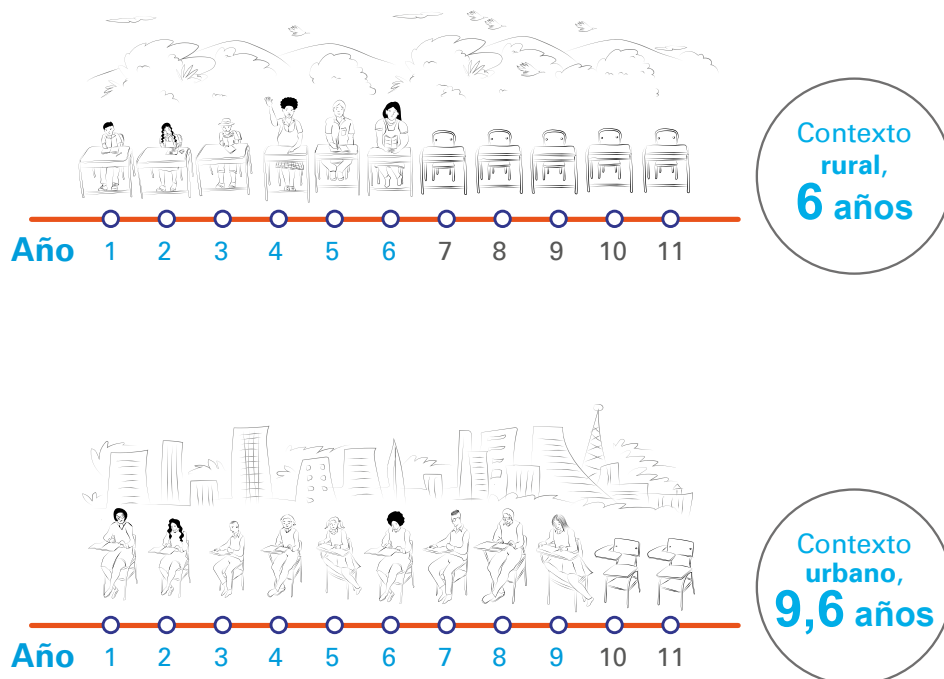
35 Ministerio de Educación Nacional, «Plan especial de educación rural: hacia el desarrollo rural y la construcción de paz», Año 2018.





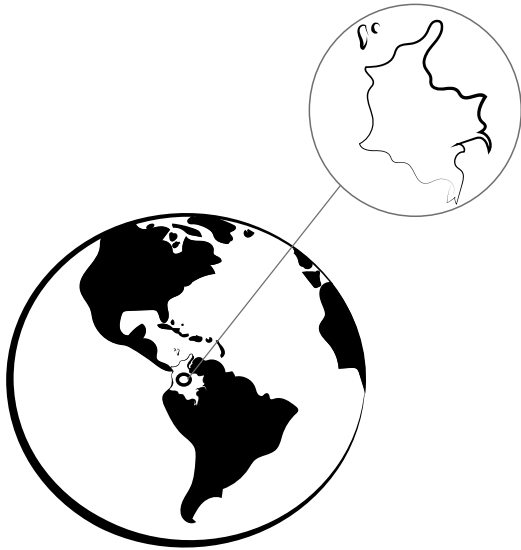
supone salir a campo traviesa. La masacre de La Pica, en Pueblorrico, Antioquia, en la que el Ejército mató a seis estudiantes e hirió a otros cuatro mientras se encontraban en una salida pedagógica, es uno de los duros recordatorios de los peligros que enfrenta la niñez y adolescencia colombiana en zonas de conflicto. También lo son las detonaciones de minas antipersona (MAP) y municiones sin explotar (MUSE) con las que a veces se topan los niños, niñas y adolescentes mientras juegan o en sus salidas pedagógicas, y que **entre 1990 y 2022 han dejado heridos a 1.007 de ellos y muertos a 259³⁶**. El miedo y los traumas que provocan estas situaciones son impactos invisibles del conflicto armado y que no han sido suficientemente atendidos por las instituciones.

Promedio de educación recibida en contextos urbano y rural



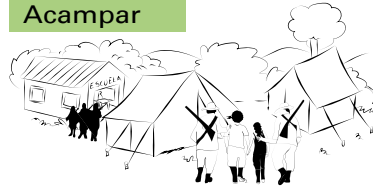
36 Base de datos, Número de personas víctimas de Minas Antipersonal MAP y Municiones Sin Explotar MUSE, Acción Integral Contra Minas Antipersonal (Aicma).

En el 2018, luego de firmado el Acuerdo de Paz, Colombia fue uno de los 28 países del mundo donde se registró un mayor uso militar de instalaciones educativas para acampar, pernoctar, establecer centros de operación, retención, castigo y tortura³⁷. A pesar de esta cruenta realidad que no da indicios de remediarse en el mediano plazo, el porcentaje del Producto Interno Bruto destinado a la educación sigue siendo bajo en comparación con otros países latinoamericanos³⁸, lo que redundará en que no se dispongan suficientes recursos para reparar las escuelas que se han venido abajo luego de los ataques.

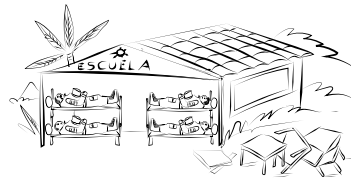


Colombia fue uno de los **28** países del mundo donde se registró un mayor uso militar de instalaciones educativas para:

Acampar



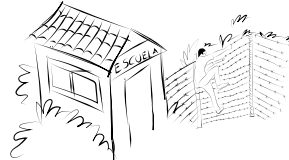
Pernoctar



Establecer centros de operación

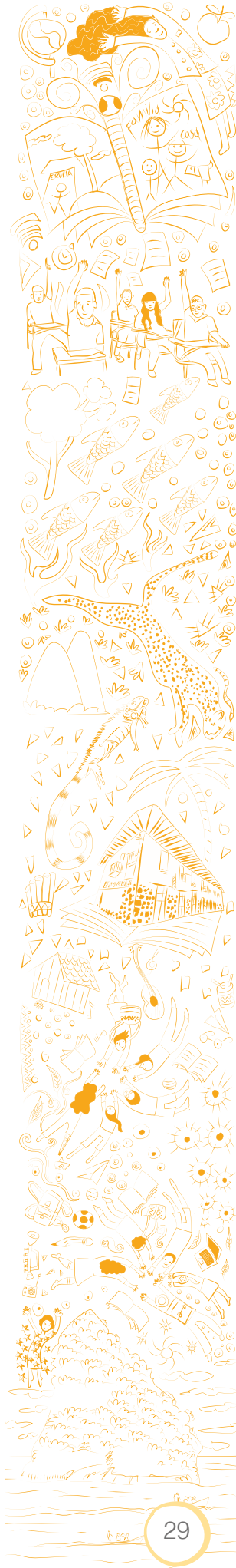


Retención, castigo y tortura



37 Coalición Global para Proteger la Educación de Ataques (Cgpea), «Ataques a la educación 2018», 8.

38 Forero, Moreno Parrado y Fedesarrollo, «Gasto en el sector educativo en Colombia», 8. Año 2019.





Recomendaciones en torno a las afectaciones contra la escuela:

La Comisión de la Verdad recomendó de manera urgente que se reubique la infraestructura militar y de policía de los entornos de las instituciones educativas. Que se establezca, sin ambigüedades, la prohibición de las campañas cívico-militares dentro de los establecimientos educativos y sus entornos inmediatos. Que se garanticen todas las condiciones para que niñas, niños y adolescentes puedan realizar su formación académica, especialmente en los territorios más apartados, con seguridad y calidad. Adicionalmente, se hizo el llamado a que Colombia suscribiera la Declaración sobre Escuelas Seguras, lo cual sucedió en noviembre del 2022, cuatro meses después de la publicación del Informe Final.

4

Vinculación
de niñas, niños y
adolescentes por actores
armados





4

Vinculación de niñas, niños y adolescentes por actores armados³⁹

«Estar aquí sentada y contando la historia es por la misericordia de Dios, porque nos tocó vivir una guerra que no nos pertenecía». Ella es **Esperanza**⁴⁰, una niña que fue reclutada a los doce años por el Frente 7 de las FARC-EP en el 2000, en zona rural de Puerto Concordia, Meta. Hasta ese momento su vida transcurría entre los ríos Ariari y Guayabero, al lado de su mamá y su abuela, un lugar que recuerda por las vías sin pavimentar y al que llegaban con dificultad los alimentos, la educación y la salud. En medio de este panorama, la presencia de la guerrilla era parte de su cotidianidad: constituían «la figura de ley» y «era normal encontrar en una vereda a un guerrillero y hablarle». **Ese año, en los albores del nuevo milenio, las cifras de reclutamiento alcanzaron su máximo pico con 1.320 víctimas**⁴¹.

Hoy por hoy el reclutamiento es considerado una de las peores formas de trabajo infantil, una grave violación a los derechos humanos de esta población y, cuando es por debajo de los quince años, un crimen de

39 Como material complementario y de divulgación sobre el tema del reclutamiento ilícito, desde una perspectiva más personal, artística y sensible, invitamos a la consulta de la serie de cortometrajes animados *Mi historia: la niñez que peleó la guerra en Colombia*, producida por la Comisión de la Verdad. Estos cortos fueron elaborados por víctimas de reclutamiento: <https://youtube.com/playlist?list=PLyzj0UDWZhCWdciI9p2hmaiCnb-wDVLX>.

40 Transcripción de la entrevista en: <https://archivo.comisiondelaverdad.co/explora/detalle/166-VI-00010>

41 JEP-CEV-HRDAG, «Proyecto conjunto de integración de datos y estimaciones estadísticas», corte de junio de 2022.



o, a sabiendas de que en los campamentos de los grupos ilegales hay personas menores de dieciocho años, han optado por el ataque en lugar de la preservación de sus vidas. Si bien existen entidades estatales y políticas públicas creadas para prevenir el reclutamiento, uso y utilización, para recuperar a las personas menores de dieciocho años vinculadas y para restablecerles sus derechos cuando se desvinculan, en la práctica su poder de acción ha sido débil, por lo que el problema sigue sin resolverse.

Ante un panorama tan claro de desatención y subregistro, para contabilizar las víctimas la Comisión debió recurrir al modelo de estimaciones⁴³ que recogió toda la información disponible sobre este crimen y cruzó las bases de datos para establecer un rango confiable sobre la cantidad de niños, niñas y adolescentes reclutados. Así, estableció que, **en el periodo entre 1990 y 2017, hubo entre 27.101 y**

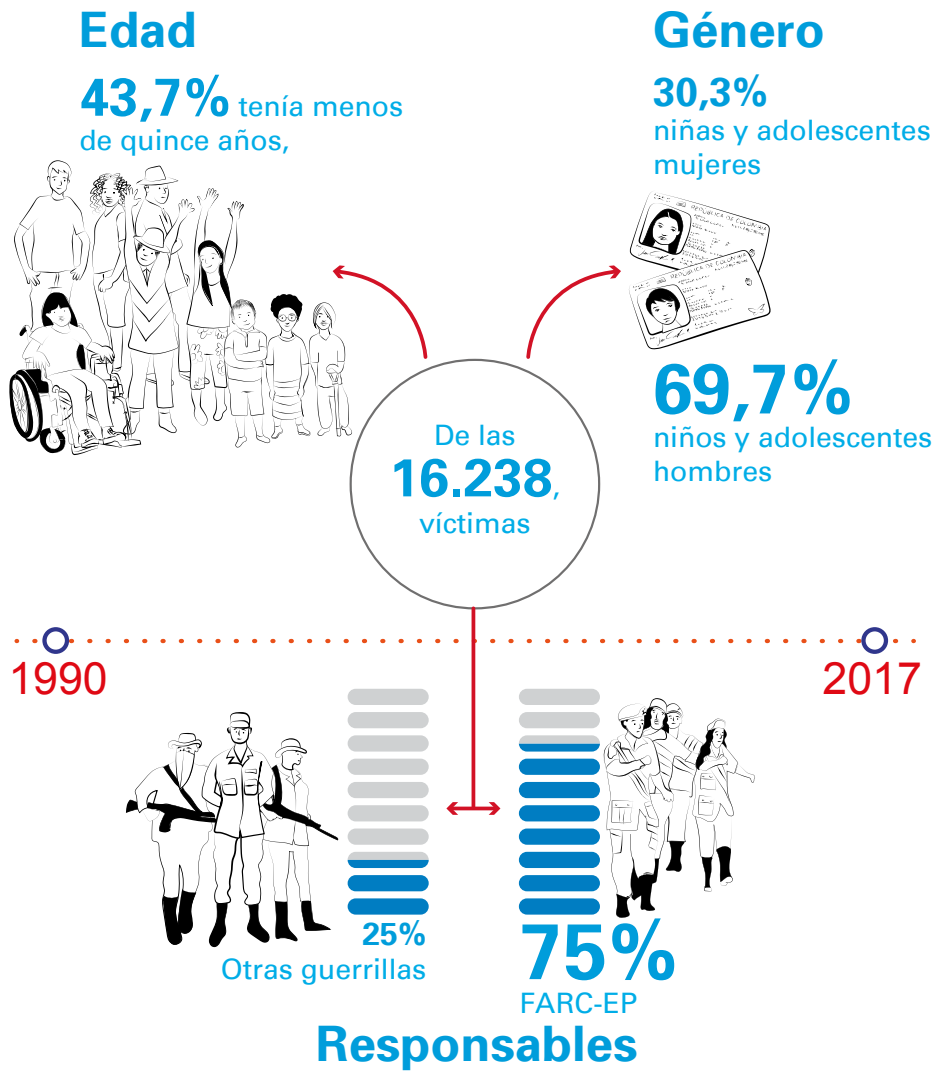
40.828 niñas, niños y adolescentes reclutados y, la cifra documentada, es decir, los casos confirmados con nombres, apellidos, lugar y fecha, a través de las múltiples bases de datos que registran el delito, es de 16.238 víctimas para el mismo período: 11.314 niños y adolescentes hombres (69,7%) y 4.924 niñas y adolescentes mujeres (30,3%). De este total, el 43,7% tenía menos de quince años, lo que equivale a 7.101 niños y niñas llevados a pelear la guerra. Los principales responsables de este delito fueron las FARC-EP, con un 75% de los casos documentados, es decir, 12.038 víctimas, mientras los 4.200 casos restantes fueron adjudicados a las otras guerrillas, a las estructuras paramilitares y a la fuerza pública.

Esta última también los utilizó, lo que significa que empleó un tipo de vinculación distinto al reclutamiento, que incluye otras funciones, como la de mensajeros o espías. El período de mayor reclutamiento por parte de las FARC-EP se registra entre finales de los años noventa y comienzos de los 2000, lo que se relaciona con sus planes de expansión. Dicha guerrilla aprovechó el control territorial que tenía en el suroriente del país, tras la delimitación de la zona de despeje, para robustecer sus filas mientras negociaba con el gobierno de Andrés Pastrana. Se estima que en

43 Estas cifras se construyeron en un proyecto de integración de datos y estimaciones estadísticas que adelantaron en conjunto la Comisión de la Verdad, la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP) y Human Rights Data Analysis Group (HRDAG). El proyecto integró 112 bases de datos provenientes de 42 entidades y organizaciones sociales. Del procesamiento de estas bases se extrajeron dos tipos de cálculos para cinco violaciones de derechos humanos: homicidio, desaparición forzada, reclutamiento, desplazamiento forzado y secuestro. De allí surgieron las cifras *documentadas*, que se refieren al número de víctimas cuya violencia fue registrada en alguna de las bases de datos analizadas, y también las *estimaciones*, que intentan compensar el subregistro, con el fin de aproximarse al universo de víctimas de cada uno de los hechos analizados. Así pues, las estimaciones dan un rango dentro del cual puede estar el valor real de la violencia si se registrara a todas las víctimas de cada delito.

la zona desmilitarizada para la negociación, a la que pertenecía Puerto Concordia, el municipio del que salió Esperanza, fueron víctimas de reclutamiento un promedio de 102 niñas y niños menores de quince años; y que, por cada 10 mil habitantes entre los quince y dieciocho años, fueron reclutados 904, entre 1998 y el 2001 (el tiempo que duró la Zona de Distensión)⁴⁴.

Datos de reclutamiento entre 1990 y 2017 por género, edad y responsable



44 JEP-CEV-HRDAG, «Proyecto conjunto de integración de datos y estimaciones estadísticas», corte de junio de 2022.





Al igual que en los hechos de desplazamiento o de ataque contra las escuelas, la vinculación ocurre con mayor frecuencia en territorios empobrecidos y con débil presencia institucional del Estado, donde hay mayor presencia de actores armados y una menor capacidad de contención de las familias, que no siempre pueden atender las necesidades de los miembros más jóvenes del hogar. A esto se suma que la vinculación ha sido una práctica intencional y planificada por parte de sus responsables. Por esto, aunque en sus estatutos fijaban edades mínimas de ingreso (quince años en el caso de las guerrillas y dieciocho en el caso de los paramilitares), los comandantes no tuvieron problemas en obviar sus propias reglas para conseguir a cambio componentes ágiles, obedientes, adaptables y hasta más «baratos», en los casos en que les pagaban un salario.

Así lo explica Iván Roberto Duque, alias Ernesto Báez, excomandante de las AUC: «Una guerra no se gana con viejos. El ejemplo es muy claro, usted coge un muchacho de quince años y le pone un uniforme, le atraviesa dos cananas⁴⁵ y le pone un fusil. Ese muchacho se siente el más varón de todos, ese muchacho se hace matar porque sabe que si de pronto sobrevive en medio de audaces acciones va a ser comandante muy rápido. [...] Para ese jovencito el fusil y la canana son signos de virilidad». Una persona joven, en palabras de Esperanza, «es más fácil que cambie una ideología y se adiestre como un animal»; a los niños, niñas y adolescentes los consideraban más fáciles de entrenar, incluso para las tareas más peligrosas, por este motivo todos los grupos los prefirieron. Se aprovechaban también de sus conocimientos del territorio, y este es uno de los factores por los que quienes pertenecían a comunidades étnicas fueron afectados de forma diferencial: **de las 16.238 víctimas de esta violencia, el 11,1% eran indígenas y el 8,6% negros, afrocolombianos, raizales o palenqueros, lo que equivale a un 19,7%, un porcentaje muy alto en un país en el que representan el 13,74% de la población total según el censo del 2018.**

Con este propósito claramente definido, los armados fueron en busca de la niñez y adolescencia más vulnerables: los buscaron en sus lugares de estudio o recreación, o incluso en sus propias casas. Desde ese momento, los niños, niñas y adolescentes sabían que ya no valía la pena oponerse: «No preguntaban quién es quién, recogían todo lo que hubiera, le ponían un arma a uno y ¿qué se podía hacer?, era la vida de

45 Una canana, carrilleras o bandolera es un cinturón dispuesto para llevar cartuchos o balas para recargar un arma de fuego (Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española).

la familia de uno, entonces tocaba hacer lo que dijeran», dice **Sara**⁴⁶, reclutada a los trece años por Los Buitragos⁴⁷. Los reclutadores buscaron a quienes tenían hambre, a quienes eran maltratados por sus parientes, cuyas escuelas estaban desprotegidas o que estaban cansados de la estigmatización y la violencia, y se dirigieron a esta población para ofrecerse como una alternativa de protección, a través de la cual podrían colmar vacíos y frustraciones. Esto solo hace más cruel el engaño, pues la mano que les tendían sería la misma que estaría dispuesta a maltratar e incluso a jalar el gatillo ante la más mínima muestra de indisciplina. Lo que les esperaba tras entrar al grupo a la fuerza, persuadidos, engañados e, incluso, «seducidas» –en una modalidad empleada especialmente con las niñas y adolescentes–, sería una vida de vejámenes y privaciones, que los pondría en riesgo permanente de morir.

Para convencerlos de incorporarse a las filas, los reclutadores apelaron a los imaginarios de personas que estaban forjando una identidad en un contexto muy precario, a las que las embargaba el dolor por pérdidas pasadas que aún no habían podido procesar. Esto les permitió capitalizar deseos de venganza y anhelos de superación en un ambiente donde los héroes iban de camuflado y con fusiles al hombro. Esto le pasó al hermano de Olga María, la niña que quedó huérfana a los seis años: «Mi hermano se llenó de odio. Él me decía: “Yo me voy a ir para la guerrilla.” Resulta y pasa que el abuso de la guerrilla fue también hacerle pensar que de verdad iba a vengar la muerte de mi papá, que iba a sanar algo». Es así como en algunos casos el reclutamiento pasa a ser el eslabón más alto en la cadena de violencias que había comenzado con la orfandad y el desplazamiento, y que continúa engranándose a lo largo de la vida ante la falta de una atención oportuna.

El inicio de la vida dentro de las filas fue marcado por la asignación de un alias, un nombre de guerra que fracturaba en dos la identidad

46 Transcripción de la entrevista en: <https://archivo.comisiondelaverdad.co/explora/detalle/307-VI-00041>

47 Los Buitragos o Los Buitragueños fueron los nombres con que también se conocieron las Autodefensas Campesinas del Casanare (ACC). Las ACC fueron un grupo paramilitar organizado por Héctor Buitrago que se conformó a finales de los años setenta y que tuvo como zonas de operación los departamentos de Meta, Casanare, Boyacá y zonas cercanas a Bogotá, como Sumapaz y Soacha. No se incorporaron al proyecto de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), lo que desató una guerra entre facciones que terminó con su exterminio. En septiembre de 2004, el Gobierno lanzó la operación Santuario, que dio el golpe final y definitivo a las ACC. Se estima que cerca de 2.000 paramilitares murieron en medio de esta guerra (tomado de *Hay futuro si hay verdad. Informe Final de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición* [varios tomos]).





de la persona y delimitaba el antes y el después del ingreso a la tropa. Desde que eran «rebautizados», pasaban a ser propiedad de los comandantes. Lo que venía después eran los entrenamientos y el adoctrinamiento, con el fin de que sus cuerpos y sus mentes se moldearan para la guerra. Era el comienzo de una vida distinta. En ese momento Esperanza recuerda que debió cambiar sus muñecas por un palo, para acostumbrarse a cargar un fusil, someterse a rutinas intensas de ejercicio, prestar guardia en la madrugada, aprender a usar las armas y a esconderse entre la vegetación del monte.

En las FARC-EP no se hacían distinciones por edad ni por sexo y, en general, los guerreros de todas las edades debían asumir las mismas tareas y pasar por la misma formación, sin importar que tuvieran o no las condiciones para hacerlo. En no pocos casos incluso recibieron entrenamiento especializado para formar fuerzas de élite, como le pasó a **Manuela**⁴⁸, una niña indígena nasa procedente del Valle del Cauca a la que entrenaron para ser francotiradora y explosivista. Las formaciones eran muy variadas, pues dependían de lo que los grupos armados necesitaran. Así, lo que nunca les advirtieron a quienes ingresaron a temprana edad es que su vida correría peligro desde los propios entrenamientos, ya que podrían llegar a morir por accidente, al accionar un arma o al fallar en una prueba: «En estos cursos se hacía normal: el que se cayera de esos altos de diez, ocho metros, pues ya era muerto. El entrenamiento era muy severo. Había comandantes muy ratas que disparaban y el que se murió, se murió», cuenta «Racumín», comandante paramilitar.

El entrenamiento fue especialmente duro en las escuelas paramilitares. Así lo recuerda **Estefanía**⁴⁹, reclutada por el Bloque Central Bolívar en Santander a los quince años: «A mí me tocó ver cómo torturaron, masacraron y desmembraron como si se tratara de cualquier animal, como un pollo. También me tocó hacerlo, o es usted o es usted. [...] Era mejor cuando la persona había muerto, de lo contrario, gritaba cuando uno le sacaba las vísceras. Eso lo tengo en mi cabeza, es una imagen que nunca se me va a borrar». Estefanía y otros niños, niñas y adolescentes reclutados sabían que la consecuencia de no seguir las órdenes era la muerte, como lo cuenta **Daniel**, reclutado en el 2001 por el Bloque Centauros a los quince años: «El menor de edad que no pasaba la prueba lo asesinaban... fue muchísimo el que mataron. Todo eso tocaba vivirlo».

48 Transcripción de la entrevista en: <https://archivo.comisiondelaverdad.co/explora/detalle/138-VI-00003>

49 El testimonio de Estefanía y el de Daniel provienen de la Sentencia del Tribunal Superior del Distrito Judicial de Bogotá contra la estructura paramilitar Bloque Central Bolívar – agosto 11 de 2017.

Al no ofrecer remuneración económica, el convencimiento sobre los motivos de la lucha armada era un elemento central en el entrenamiento de las guerrillas. Este consistió en la enseñanza de doctrina que los jóvenes reclutas a veces califican de «lavado de cerebro», pero al que también describen como un genuino trabajo de convencimiento político que les ayudaba a seguir en las filas: «Si yo estoy claro de mi ideología y de mi lucha, estoy capacitado para aguantar el resto que se me venga», dice **Jaime**⁵⁰, quien fuera reclutado por las FARC-EP a los dieciséis años. Cada cual agitó las banderas que le eran más afines. Mientras algunos proclamaban las ideas de búsqueda de justicia social y de lucha contra las oligarquías, otros defendían el patriotismo y el anticomunismo. Sobra decir que en ningún caso hubo discusión profunda ni un intercambio libre de opiniones con los recién llegados, sino que la formación consistía en un adoctrinamiento político.

Tras el entrenamiento llegó el primer combate. Para algunos, ocurrió con menos de doce o trece años, cuando aún carecían de preparación, lo que hizo que el miedo fuera mayor. Muchas veces eran mandados en la primera avanzada, como «carne de cañón». También les fueron asignadas actividades militares como retenes, ataques a infraestructura y uso de explosivos. En ocasiones, durante los enfrentamientos, pasaron por la difícil situación de escuchar a compañeros que les pedían auxilio. Daniel, reclutado en el 2001 por el Bloque Centauros⁵¹, en su último combate vio morir a varios compañeros: «¡28 muchachos!: 6 mayores de edad y 22 menores. O sea, una cosa es contarlos y otra es vivirlos». **La Defensoría del Pueblo señaló en el año 2006 que en el 84,3% de los casos, las niñas, niños y adolescentes reclutados combatieron; en el 74,8% participaron en emboscadas; en el 72,5%, en labores de inteligencia; en el 61,5%, en tomas armadas; en el 45,5%, en fabricación e instalación de explosivos, y en el 44,6%, en acciones relacionadas con el orden público**⁵².

50 Transcripción de la entrevista en: <https://archivo.comisiondelaverdad.co/explora/detalle/176-AA-00004>

51 El Bloque Centauros de las AUC, al mando de Miguel Arroyave, socio entrañable de Vicente Castaño, se impuso en los llanos orientales con el apoyo del Ejército y la Fuerza Aérea, pero poco después Arroyave fue asesinado por otros de sus socios-competidores. El grupo estuvo enfrentado a las Autodefensas Campesinas del Casanare (ACC), que opusieron resistencia por no querer asimilarse al proyecto de las AUC. Luego de la derrota de las ACC, el Bloque Centauros y especialmente Vicente Castaño consiguieron apoderarse de las rentas que dieron origen a la disputa entre estas estructuras paramilitares (tomado de No matarás..., tomo del Informe Final de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición, 486).

52 Defensoría del Pueblo y Unicef, «Caracterización de las niñas, niños y adolescentes desvinculados de grupos armados ilegales», 35. 2006.



Funciones de combate de los niños, niñas y adolescentes en el grupo armado



84%
combatieron



75%
participaron
en emboscadas



72%,
en labores de
inteligencia



61%,
en tomas
armadas



45%,
fabricación
e instalación
de explosivos



45%,
en acciones
relacionadas con
el orden público

Además de los combates, a las niñas, niños y adolescentes reclutados les correspondía garantizar la cotidianidad de la vida armada: cocinar, cargar leña, lavar ropa, cuidar enfermos y prestar guardia son algunas de las actividades que debían realizar para el grueso de la tropa cumpliendo horarios estrictos: «Uno de niño quiere jugar y no estar esperando a que lo maten. Ni estar cocinando para cantidades de personas o estar lavando ropa de otros. Son cargos y oficios de una persona ya grande», dice **Yuliana**⁵³, reclutada a los doce años por las FARC-EP. Si no cumplían las labores asignadas, eran castigados: «A algunos los amarraban y los tenían allá hasta que pasaba el castigo, por lo menos dos o tres horas», cuenta **Rodolfo**⁵⁴, «y luego continuaban cocinando para ellos». Él fue un adolescente reclutado a los dieciséis años por el grupo paramilitar de alias Martín Llanos, en Monterrey, Casanare.

Dentro de la guerrilla, a muchos les tocó cuidar de los secuestrados. Durante el secuestro de La María, sucedido en Cali en el año 1999, se llevaron también al hermano adolescente de Juan David –el mismo niño que se quedó sin sus padres–. El hermano tenía catorce años, igual que uno de los guerrilleros rasos que ese día obligaron a los 194 secuestrados a internarse en los Farallones de Cali⁵⁵. Fue así como la niñez y adolescencia vulneradas se encontraron desde orillas opuestas a lo largo del conflicto. En cuanto al total de grupos armados ilegales, **la Defensoría del Pueblo encontró en el 2006 que de 525 niñas, niños y adolescentes desvinculados el 95,2% realizaba labores de guardia, 88,3% de cocina, 84,7% mandados, 70,5% trincheras, 54,4% cuidado de secuestrados, 36,8% cultivo de la tierra, 20% siembra o raspa de coca y 11,4% lavado de prendas, lo que demuestra que rotaron entre casi todos los roles necesarios para mantener a la tropa**⁵⁶.

53 Transcripción de la entrevista en: <https://archivo.comisiondelaverdad.co/explora/detalle/314-VI-00002>

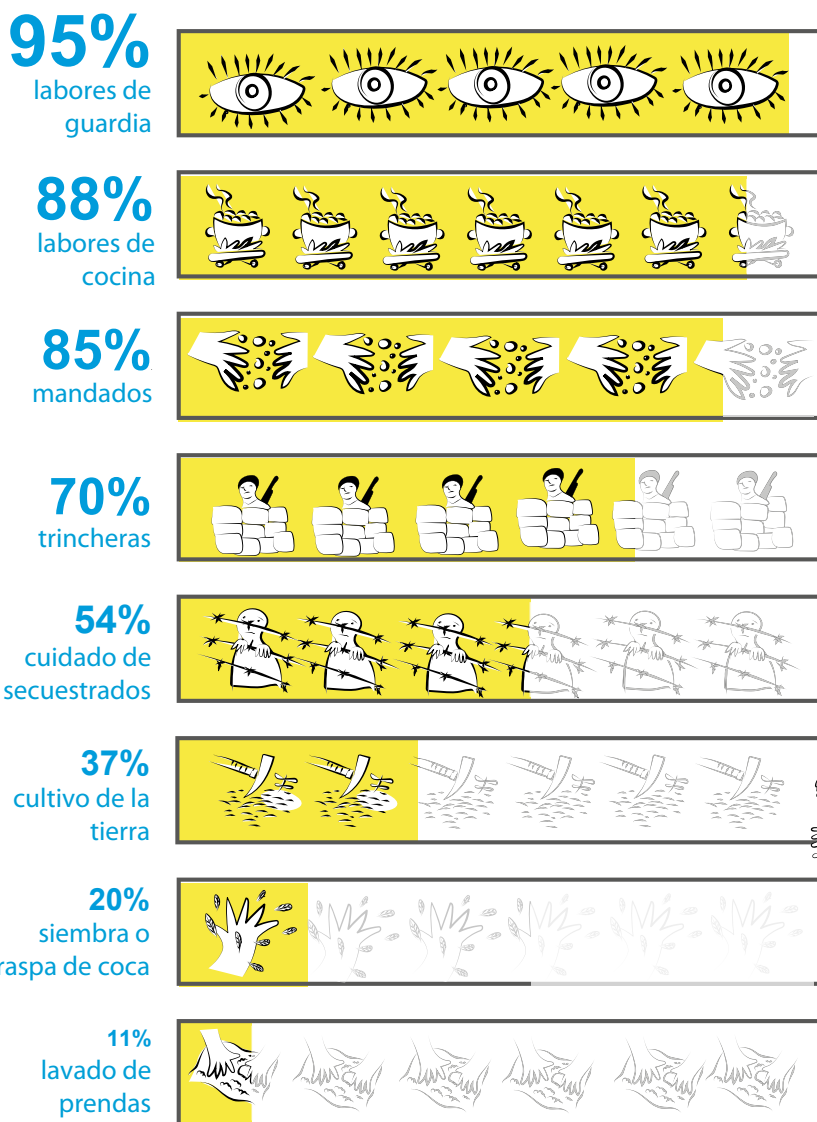
54 Transcripción de la entrevista en: <https://archivo.comisiondelaverdad.co/explora/detalle/192-VI-00002>

55 Los farallones son un grupo de montañas rocosas.

56 Defensoría del pueblo y Unicef. Caracterización de las niñas, niños y adolescentes desvinculados de grupos armados ilegales, 2006. Pág. 34.



Otras funciones cumplidas por niños, niñas y adolescentes en los grupos armados



Durante la vida intrafilas, las niñas y mujeres adolescentes vivieron violencias diferenciadas. En su mayoría, estas se desprendieron de que las consideraran propiedad de los comandantes, quienes asumían que podían usarlas sexualmente cuando quisieran, aun sin su consentimiento. Para las niñas y mujeres adolescentes entablar este tipo de vínculos fue una estrategia adaptativa, una forma de esquivar el maltrato de sus pares y refugiarse de la rudeza de la vida armada. Sin embargo, eran un arma de doble filo, pues si se negaban sufrían represalias que hacían todavía más difícil su vida en las filas. El uso de métodos anticonceptivos, los abortos, el acoso, la violación sexual y la tortura pueblan sus testimonios, y fueron formas de coartar la libertad y autonomía sobre sus cuerpos. A Esperanza le implantaron un dispositivo intrauterino «a las malas» incluso antes de iniciar su vida sexual; el procedimiento le trajo complicaciones de salud que la llevaron a perder un ovario años después de la desvinculación.

En su Octava Conferencia, llevada a cabo en 1993, las FARC-EP consagraron la práctica de la anticoncepción y el aborto con el objetivo de frenar los embarazos: «Después de la Octava era obligatorio el aborto. Antes, si la guerrillera quería abortar, abortaba, y si no, no. Se tomó esa medida porque estaba quedando mucho “guerrillerito” por ahí botado, a merced del campesino que lo quisiera recibir», afirma alias Karina⁵⁷. **La práctica se concentró en las niñas y adolescentes, pues según un informe⁵⁸ posterior a la firma del Acuerdo, el 83% inició el uso de los métodos entre los diez y los dieciocho años, y solo en un 28% de los casos la decisión sobre la forma de anticoncepción fue propia.** La Comisión encontró que mientras que la violencia reproductiva se concentró en las filas guerrilleras, la violencia sexual fue más común y atroz entre los paramilitares. Esto recuerda Sara, reclutada por Los Buitragos: «Fueron seis meses de vivir las cosas más terribles, han pasado años y es algo imborrable. No hay palabras y más cuando no sé cuántos pasaron por mi cuerpo porque me drogaban y no tenía fuerzas».

57 Elda Neyis Mosquera fue comandante del Frente 47 de las FARC-EP y la primera mujer en formar parte del Estado Mayor de esa organización. Desertó en 2008 y se acogió al programa de desmovilización y a la Ley de Justicia y Paz (*No matarás...*, tomo del *Informe Final de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición*, 459). [Hipervínculo transcripción entrevista].

58 Informe 086-CI-00801, Partido Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común (FARC), «Una mirada crítica retrospectiva», 41-44.





Cuando quedaron embarazadas, muchas niñas y adolescentes sufrieron la experiencia del aborto forzado; muchas se enteraron de la decisión de la comandancia cuando ya estaban en el procedimiento o por las consecuencias sobre su salud. Esto le pasó a **Cristina**⁵⁹, reclutada a los doce años por las FARC-EP: «Había compañeros que me sostenían, me tapaban la boca para que no gritara, porque eso dolía... A mí me metieron a cierta parte y era una señora, y me metieron como cosas, yo no sé, eso me dolió mucho. Después me di cuenta de que fue un aborto lo que me habían hecho». El aborto forzado las puso en riesgo de muerte debido a las condiciones insalubres en las que se realizaba y por la dificultad para cuidarse durante la recuperación. Algunas de las consecuencias fueron infecciones, hemorragias, perforaciones en los órganos sexuales e impactos en la salud física a largo plazo que llegaron a impedirles concebir, o que les produjeron tumores o dolores permanentes. También tuvieron profundos impactos emocionales.

Además, cuando pudieron tener a sus bebés, no les fue permitido ocuparse de su crianza, sino que debían renunciar a su maternidad dándolos en adopción, tras lo cual perdían todo contacto.

Con el objeto de que las reglas se cumplieran a rajatabla, los comandantes impusieron castigos severos, que variaron entre el carácter militar o físico, el político o el violento. En los casos de mayor gravedad la sanción implicó el fusilamiento, que en ocasiones tuvo que ser ejecutado por los propios niños, niñas y adolescentes reclutados. Así lo contó Manuela, indígena nasa reclutada a los once años por las FARC-EP: «Ese muchacho quedó enterrado. Él suplicaba que no lo mataran y eso se me quedó. Por un tiempo, yo lo miraba a él y él me miraba a mí con una pistola en la frente. Eso fue un trauma. Fue el primero que a mí me tocó... Si no lo mataba, me mataban a mí».

En muchos casos, la disciplina, el aislamiento, los castigos, el maltrato y los hechos violentos que debían cometer los llevaron a no soportar más la vida, o a que, para poder sobrellevarla, debieran recurrir al consumo de drogas que el propio grupo les proporcionaba: «Nos drogaban cuando nos sentíamos débiles. Nos drogaban tanto que uno se descontrolaba. A lo último no había corazón, decían que la familia de nosotros eran ellos y que todo lo que ellos dijeran estaba bien», recuerda Sara. De este modo, la muerte les llegó de formas injustas y dolorosas, por medio de

59 Para conocer esta historia consultar entrevista en el Informe 066-CI-00738

los combates, los suicidios o las enfermedades que no podían ser correctamente atendidas en las condiciones en que se encontraban. Incluso, muchos intentos de fuga fueron también castigados con la muerte. Este fue el caso de un adolescente reclutado en Paz de Ariporo, Casanare: «Él siempre pasaba por ahí, por la vereda. Mi familia y los otros lo veían. Decía que no estaba allá porque quisiera, sino que no había la forma de poderse retirar, porque al que se vuela lo matan». Y así fue. El día que intentó emprender la fuga, cuenta el hermano que «los venían siguiendo y cuando el muchacho salió vio que venían y le gritó a mi hermano: “¡Corra que nos llegaron!” Él pensó que venían de frente. Corrió por detrás de la casa y se le metieron y lo fusilaron».

Y, aunque muchos no lograron huir, la fuga y las operaciones militares fueron las vías más frecuentes de desvinculación⁶⁰. Varios reportes⁶¹ hablan de que esta fue la modalidad de salida en un 64% de los casos. La recuperación por parte del Estado o de las familias y comunidades fue la segunda modalidad de salida después de la fuga y se reportó en aproximadamente 36% de los casos. Un ejemplo de esto es la llamada operación Berlín⁶², que se desarrolló entre noviembre del 2000 y enero del 2001 por la Quinta Brigada del Ejército Nacional en varios municipios circundantes al páramo de Berlín en Santander. La operación se proponía detener el avance de la recién creada Columna Móvil Arturo Ruiz (CMAR) de las FARC-EP que venía de La Macarena, en la zona de distensión, y se dirigía al Catatumbo para disputarles el control territorial al ELN y a las AUC, más fuertes en la zona. «Timoleón Jiménez [Rodrigo Londoño] nos habló», recuerda Esperanza, «nos dijo que en el camino unos morirían y otros vivirían, en cuanto a eso fue muy honesto. La columna estaba conformada por más jóvenes que adultos. Los adultos eran los mandos, de resto eran jóvenes, los que murieron no pasaban de 28 años, más los menores de edad, en su mayoría sin experiencia». Así como la responsabilidad de los comandantes en la tragedia que sucedería

60 El concepto de *desvinculación* se refiere a la salida de los niños, niñas y adolescentes reclutados de las filas antes de cumplir los dieciocho años, por lo que es una noción que enfatiza su carácter de víctimas y la necesidad de crear estrategias diferenciadas para su atención.

61 Defensoría del Pueblo y Unicef, «Caracterización de las niñas, niños y adolescentes desvinculados de grupos armados ilegales», 42; ICBF, Unicef y Observatorio de Procesos de Desarme, Desmovilización y Reintegración de la Universidad Nacional de Colombia, «Estudio de caracterización», 45. 2006

62 Para ampliar la información sobre este hecho se puede ver el documental *Operación Berlín: la niñez que peleó la guerra en Colombia*, producido por la Comisión de la Verdad: https://youtu.be/3of4JK_wjdE.





después es incontrovertible, el Ejército también sabía que al menos 150 integrantes de la columna tenían entre catorce y diecisiete años. Lo supieron tras interrogar a **Robinson**⁶³, un adolescente que logró escapar de la CMAR en Arauca, aunque el acceso a esta información no impidió que el Ejército los asediara como a cualquier otro enemigo militar. Este tipo de interrogatorios a niñas, niños y adolescentes desvinculados están prohibidos desde 2006 por el Código de la Infancia y la Adolescencia (Ley 1098 de 2006), sin embargo, se siguen practicando.

Modalidades de salida de los niños, niñas y adolescentes del grupo armado

64%
Fugas

36%
Recuperación por familias,
comunidades y Fuerza Pública



Un número aún indeterminado de personas menores de dieciocho años que integraban la CMAR fueron abatidas ese día por el Ejército, de espaldas y a quemarropa, en una de las más flagrantes acciones de violación a sus derechos: «Yo escuché que dispararon. Sí me temía que nos iban a matar, pero no me daba cuenta de lo que estaba pasando. [...] Hasta cuando salimos a la carretera nos dimos cuenta de que los habían matado», cuenta Yuliana. Poco importó que se hubieran entregado o alzado las manos en señal de rendición, pues en el desarrollo de la

63 Un fragmento del testimonio puede ser escuchado en el siguiente enlace:
<https://www.comisiondelaverdad.co/la-pesadilla-de-robinson>

operación Berlín, los integrantes de la columna fueron asesinados, bombardeados y maltratados. Paula recuerda haberse escondido en una mata de plátano: «Me daba miedo salir. En ese momento, cerca de la finca cayó una bomba, muchas bombas cayeron y yo escuché la vaca que bramó, era una vaca a la que le había caído la bomba». De acuerdo a los protocolos de derechos humanos que ha acogido Colombia, el interés superior del niño prevalece siempre, por lo que el Estado debe procurar recuperarlos de las filas y restablecerles los derechos vulnerados. Que se los bombardee o fusile, como ha sucedido en varios casos documentados hasta 2019 por la Comisión de la Verdad, supone infringir el Derecho Internacional Humanitario y revictimiza a una población ya vulnerable por la desigualdad social y el conflicto en sus territorios.

El interrogatorio del que fue objeto Robinson, y que sirvió para planear la operación Berlín, es un caso paradigmático de utilización por parte de la fuerza pública. Si bien los grupos armados ilegales también ejecutaron este tipo de violencia, por medio de actividades asociadas al narcotráfico o al sicariato, o para el transporte de armas, dinero y alimentos, las fuerzas del Estado, a quienes les corresponde proteger a la población civil, no debieron practicarla de forma extendida entre la población menor de dieciocho años. Esto evidencia que no tomaron en consideración el riesgo al que los exponían por realizar estas actividades, pues no previeron que su vida misma corría peligro al infiltrar al bando contrario como espías o al servir de informantes. Esta forma de involucrar a la población civil tiene sus orígenes en la época de La Violencia⁶⁴, cuando se buscaba acercar la comunidad a las Fuerzas Militares por medio de labores sociales conocidas como «campañas cívico-militares». Forman parte de ellas las brigadas de salud, las jornadas recreativas y otras actividades de carácter social, cultural y lúdico en las que la fuerza pública busca interactuar con la comunidad, y que en algunos casos van especialmente dirigidas a los niños, niñas y adolescentes. De este modo, montar un circo, celebrar el Día del Niño o hacer paseos en helicóptero han sido espacios que

64 Este período es uno de los principales antecedentes del conflicto armado actual. Su origen se ha ubicado en el magnicidio de Jorge Eliécer Gaitán el 9 de abril de 1948 y hasta la instauración del Frente Nacional en 1958. La violencia bipartidista ocasionó el desplazamiento de cientos de campesinos entre diferentes departamentos y municipios de Colombia (Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición [CEV], «Periodos del conflicto armado interno colombiano», 2 y 3).





se aprovechan para extraer información de esta población. Así lo explicó un experto a la Comisión de la Verdad: «Entonces, el payasito terminaba preguntándoles a los niños si habían visto cosas raras. Los niños estaban aislados y les hacían preguntas en medio del juego: que podían contar si habían visto hombres armados». En ocasiones, la información fue pagada con dulces: «Lo cogían a uno y lo endulzaban», cuenta **Margarita**, quien atestiguó esta práctica durante los años noventa en Córdoba, «le llevaban chocolate, decían: “Niños, vean lo que les trajimos” –a veces hasta regalos– “cuéntenos una cosa, ¿ustedes de pronto han visto gente así uniformada como nosotros?” ». Esta utilización provocó que la población civil fuera amenazada y, en el caso de la familia de Margarita, desplazada; una muestra de que dichas prácticas ocasionan que los niños, niñas y adolescentes sean percibidos como aliados del enemigo y declarados objetivo militar.

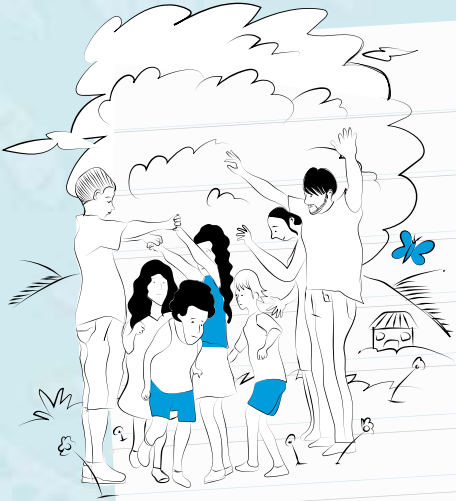
En un conflicto armado tan extenso y en el que ha habido multiplicidad de acuerdos para la desmovilización de distintas estructuras armadas, la desvinculación de las niñas, niños y adolescentes reclutados es un asunto que ha entrado paulatinamente a formar parte de la agenda de los procesos de paz. Así, durante el proceso de desarme y desmovilización de los grupos paramilitares hubo muchas irregularidades y menos del 1% ingresó al Programa Especializado del ICBF⁶⁵ que existía desde los años noventa⁶⁶. A diferencia de los procesos anteriores, en 2016 el tema de la desvinculación de las personas víctimas de reclutamiento sí fue incluido como uno de los puntos de negociación con las FARC-EP, con lo que se les dio el derecho de ingresar al programa «Camino diferencial de vida» y de acceder a reparaciones en virtud de la Ley 1448 de 2011; sin embargo, muchas víctimas aún no han sido reparadas. Tras la desvinculación inicia un nuevo camino: el de reconstruir la vida y cicatrizar las heridas que ha dejado una experiencia tan traumática como la del reclutamiento. Esto dice Esperanza: «Después de salir, todos los días soñaba que me reclutaban». Con esto se demuestra que las marcas difícilmente se borran y que esta es una lucha que deben dar diariamente las víctimas de esta violencia, son huellas de dolor que incluso pasan a las siguientes generaciones: «Y aunque ha pasado mucho tiempo, y lo cuento así como si nada sintiera, en el fondo no sé si

65 El programa especializado del ICBF se creó para garantizar el restablecimiento de derechos de las niñas, niños y adolescentes desvinculados. Es uno de los tres componentes para la atención de esta población, junto con la Agencia para la Reincorporación y Normalización (ARN), encargada de apoyar su inclusión social luego de los dieciocho años. El tercer componente es la reparación asignada por los jueces en los procesos contra los responsables de reclutamiento o por vía administrativa, según la Ley 1448 del 2011.

66 Rubio Serrano, *¿Y por qué tantos colores?*, 59. 2015

algún día superaré eso, es muy difícil que lo haga», dice Mateo. Con la desvinculación, las víctimas de reclutamiento sufren el estigma de una sociedad que desconoce su sufrimiento, lo que hace más esquiva la reconstrucción de los afectos y de los horizontes de vida. Con todo, y a pesar del inmenso dolor que ha sembrado esta violencia, el Estado aún carece de una política específica para recuperar a los que siguen en las filas tras el Acuerdo de 2016.





Recomendaciones en torno a la vinculación de los niños, niñas y adolescentes al conflicto:

La Comisión concluyó que la vinculación de niñas, niños y adolescentes no es casual o accidental, sino intencional. Además, es una práctica que se ha «normalizado» en los territorios más alejados, lo que incide en la persistencia del riesgo. Al respecto, la Comisión recomendó fortalecer financieramente los programas de prevención para que sean sostenibles, activando el principio de *corresponsabilidad* en la protección y minimizando los factores de riesgo analizados. También recomendó crear un programa destinado a recuperar a niñas, niños y adolescentes que han sido víctimas de reclutamiento mediante planes de acción que garanticen su vida e integridad.



5

RECONCILIACIÓN

**Romper la
cadena de
violencias:**
afrentamientos y
resistencias de las niñas,
niños, adolescentes y
jóvenes

APRENDER



5

Romper la cadena de violencias: afrontamientos y resistencias de las niñas, niños, adolescentes y jóvenes

Y aunque son muchas las historias de dolor, la Comisión también encontró que la niñez y la adolescencia no solo fueron víctimas, sino que han sido sujetos activos, han encontrado formas diversas de afrontar, resistir y trazar caminos que les permita sanar el dolor y luchar por sus derechos. Algunos se expresaron a través del arte, lo que les permitió darle un nuevo sentido a la vida, y para muchos la motivación fue el desarrollo profesional o el liderazgo social. Gracias a estas acciones han podido continuar en la adultez un proyecto de vida alejado de la violencia, pero sin olvidar lo sucedido. Cuando tuvieron el acompañamiento de su familia o comunidad, las personas pudieron recuperarse mejor y más rápido, al igual que cuando crecieron en contextos más favorables. Bajo este panorama, la Comisión identificó afrontamientos⁶⁷ individuales y otros que estuvieron apoyados en la organización colectiva. El punto que une ambas modalidades es el uso del arte, la fe religiosa, la búsqueda de la verdad y la defensa de los derechos.

Olga María, por ejemplo, buscando dejar atrás el dolor, encontró en la educación y en la ayuda a los demás formas de sobrellevar sus propias

⁶⁷ Los *afrontamientos* se definen como las formas de actuar, pensar y sentir, de manera individual y colectiva, cuando se han sufrido violaciones de derechos humanos. Se presentan por la necesidad de tramitar el impacto emocional, adaptarse a la situación, luchar por transformarla, defenderse y fortalecer o construir nuevas relaciones, y, de este modo, actuar, hacer más tolerable el dolor o activar el apoyo mutuo. Surgen para tratar de comprender lo incomprensible, buscar ayuda y disponerse a recibirla, romper el silencio o valorar que hay momentos donde es necesario mantenerlo.

emociones. En la actualidad es técnica en recursos humanos y lideresa de víctimas; roles que, en sus palabras, le han ayudado a «no volver a mi pasado». Por otro lado, para Juan Francisco, cuya escuela fue impactada por el ataque de las FARC-EP a la estación de Policía que quedaba al lado, el baile es una vía de liberación de emociones y una forma de denunciar la violencia que persiste en Tumaco: «Ahí entró otra pregunta en mí: “¿Bailo solamente para mí o es que también quiero transmitir lo que bailo a otras personas?” Y dije: “No, yo también quiero bailar para la transformación social”».

Los adultos que vivieron la violencia en la niñez o en la adolescencia vieron en el esclarecimiento de los hechos sufridos una forma de cerrar un ciclo de dolor iniciado a edades tempranas; para ellas y ellos, desmontar las incógnitas sobre lo que originó la violencia fue un paso imprescindible para sanar. Por eso fue que **Rafael de Jesús**⁶⁸, que tenía seis años cuando perdió a dos de sus hermanos en la masacre de La Pica⁶⁹ perpetrada por el Ejército, ingresó a los diecinueve a esa misma institución en busca de respuestas: «¿Qué concluyo? Que realmente lo quisieron. Porque usted nunca le va a disparar a algo que no ve. ¿Usted cómo le va a disparar, por ejemplo, a un palo, si no le va responder?, ¿cómo les va a disparar a unos niños sabiendo que no tienen armas?». La verdad, además, posibilita el reconocimiento público y social de las experiencias de las niñas, niños y adolescentes, cuyo dolor, preguntas, protagonismo y actuación fueron invisibilizados.

Las acciones de la sociedad civil han sido igualmente fundamentales para sostener a quienes sufrieron daños y atropellos a edades tempranas. Así como entre familias y comunidades han logrado recuperar a varias personas menores de dieciocho años reclutadas, también algunas iglesias y comunidades de fe se convirtieron en mediadores o prestaron ayuda humanitaria para la defensa de los derechos de las niñas, niños

68 Transcripción de la entrevista en: <https://archivo.comisiondelaverdad.co/explora/detalle/379-VI-00012>

69 A inicios de los dos mil, el municipio de Pueblorrico en Antioquia era un lugar de tránsito para guerrillas y paramilitares. Estos últimos realizaban operaciones en municipios aledaños como Venecia, Fredonia y Concordia. La masacre, que dejó a seis estudiantes muertos y a cuatro heridos, tuvo lugar el 15 de agosto del 2000 y fue consecuencia de una acción armada realizada por soldados pertenecientes al Pelotón 1 de la Compañía Arpón del Batallón de Infantería n.º 32 General Pedro Justo Berrío de la Cuarta Brigada del Ejército Nacional, con sede en Medellín. En la salida participaban cerca de 30 estudiantes, entre los cinco y trece años, de la Escuela Rural de La Pica, que iban acompañados de sus acudientes y docentes. Un video sobre esta historia puede ser encontrado en el siguiente enlace: <https://youtu.be/QKtyptK9jaE>





y adolescentes. Por último, ha sido crucial el papel de las comunidades educativas. Al igual que cuando debían consolar a los niños y niñas que lloraban en medio del fuego cruzado, los han acompañado en la resignificación de sus historias: «Me acuerdo de una profesora que me dijo: “Dianita, tu historia es muy bonita y de ti depende si la vuelves más bonita o la manchas. Tú estás llamada a ser una mujer empoderada. Demuéstrales a todos que eres fuerte, y así, eso que le pasó a tu mamá y que te pasó a ti nadie lo va a recordar [...]. Me acuerdo mucho de ella y cada que la miro [refiriéndose a la profesora] la abrazo [...]. Eso transformó lo que hoy soy, porque **Diana**⁷⁰ es la cimarrona, no la huérfana».

Como parte de este empoderamiento, muchas de estas víctimas han dedicado su vida a proyectos sociales: **Elena**⁷¹ volvió a su colegio, el Liceo Villanueva, antigua escuela fundada por los paramilitares y cuya administración pasó al gobierno departamental, para resignificar el espacio y la educación que allí se imparte. **Oscar**⁷², víctima de desplazamiento a los quince años, decidió construir una universidad campesina para contribuir a superar las desventajas educativas del campo: «Ver otras realidades significa que nosotros tenemos que construir otras relaciones como país, que nuestra idiosincrasia tiene que dejar de ser conflictiva y tiene que ir hacia una construcción de paz, y esta se debe construir desde la academia», afirma.

Los ahora jóvenes y adultos se han involucrado en movimientos de protesta para exigir mejores oportunidades. Históricamente, las principales causas que han abrazado los jóvenes han sido la garantía en el acceso a los derechos, su inclusión en el espectro político, el apoyo a los procesos de paz y el rechazo a la violencia. Entre estas acciones de los más jóvenes, cobra una importancia destacable el Movimiento de los Niños por la Paz, desarrollado el 25 de octubre de 1996 en un momento de agudización de la violencia en el país⁷³. En aquel evento los niños, niñas y adolescentes se apropiaron de un mecanismo de participación política creado por los adultos para manifestarse en contra de la violencia a través de una consulta

70 Un fragmento de este testimonio puede ser escuchado en el siguiente enlace: <https://www.comisiondelaverdad.co/la-lucha-por-la-reivindicacion>.

71 Transcripción de la entrevista en: <https://archivo.comisiondelaverdad.co/explora/detalle/1266-VI-00001> Un fragmento de este testimonio puede ser escuchado en el siguiente enlace: <https://www.comisiondelaverdad.co/estudiar-bajo-un-regimen-armado>

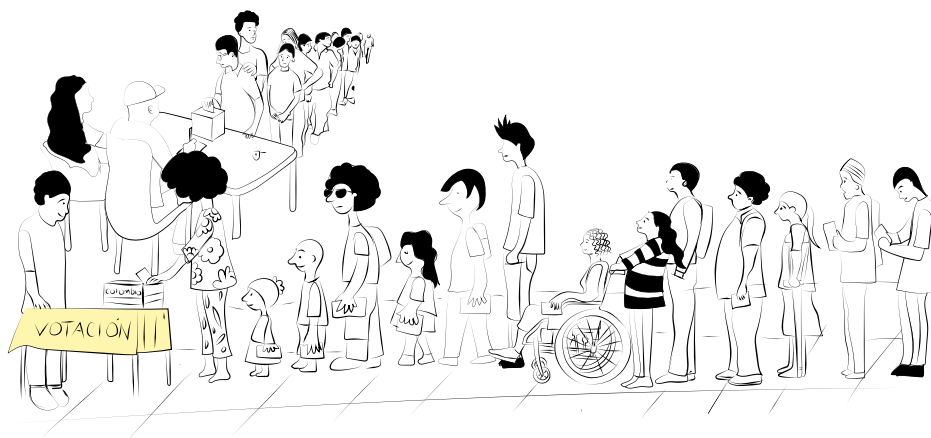
72 Transcripción de la entrevista en: <https://archivo.comisiondelaverdad.co/explora/detalle/193-VI-00040>.

73 Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (CEV), «“No nos dejaban votar, pero lo hicimos para manifestarnos a favor de un país en paz”».

popular. De acuerdo con la Registraduría Nacional, para esta jornada se instalaron 6.000 mesas de votación y se inscribieron 3.127.729 niñas, niños y adolescentes.

Votaciones de niños, niñas y adolescentes en el Mandato por La Paz, 1997

Movimiento de niños por La Paz



3.127.729 niñas, niños y adolescentes votantes

«Ser pequeños no significa que no tengamos nada que decir», claman los niños, niñas, adolescentes y jóvenes en su «Manifiesto por la verdad»⁷⁴, una iniciativa propiciada por la Comisión. «Es momento de entender que no nos sirvió manejar violencia con violencia. Nosotros no queremos esa herencia. [...] Nos comprometemos a no repetir nuestra historia». Al alzar una voz tantas veces ignorada, ellas y ellos le demuestran al país que tienen en sus manos el potencial del cambio anhelado por décadas. La posibilidad de que el deseo de Sebastián se haga realidad: «No me gustaría que más niñas o niños de este país tuvieran que presenciar la muerte violenta de alguien, o cruzar por lugares donde es imposible pasar».

74 Este documento puede ser consultado en <https://web.comisiondelaverdad.co/actualidad/noticias/manifiesto-jovenes-por-la-verdad-una-guia-para-construir-un-mejor-pais>



Si quieres consultar otros materiales elaborados por la Comisión de la Verdad de Colombia, puedes ingresar a:

Transmedia de la Comisión de la Verdad

<https://www.comisiondelaverdad.co/>

Archivo del Esclarecimiento de la Verdad

<https://archivo.comisiondelaverdad.co/>

Piezas audiovisuales de No es un mal menor

<https://www.comisiondelaverdad.co/ninos-ninas-y-adolescentes>

Consulta Nacional de niños, niñas, adolescentes y jóvenes por la Verdad

<https://consultajovenesporlaverdad.comisiondelaverdad.co/>

Reconocimiento por la Verdad, Nunca más niños y niñas en la guerra

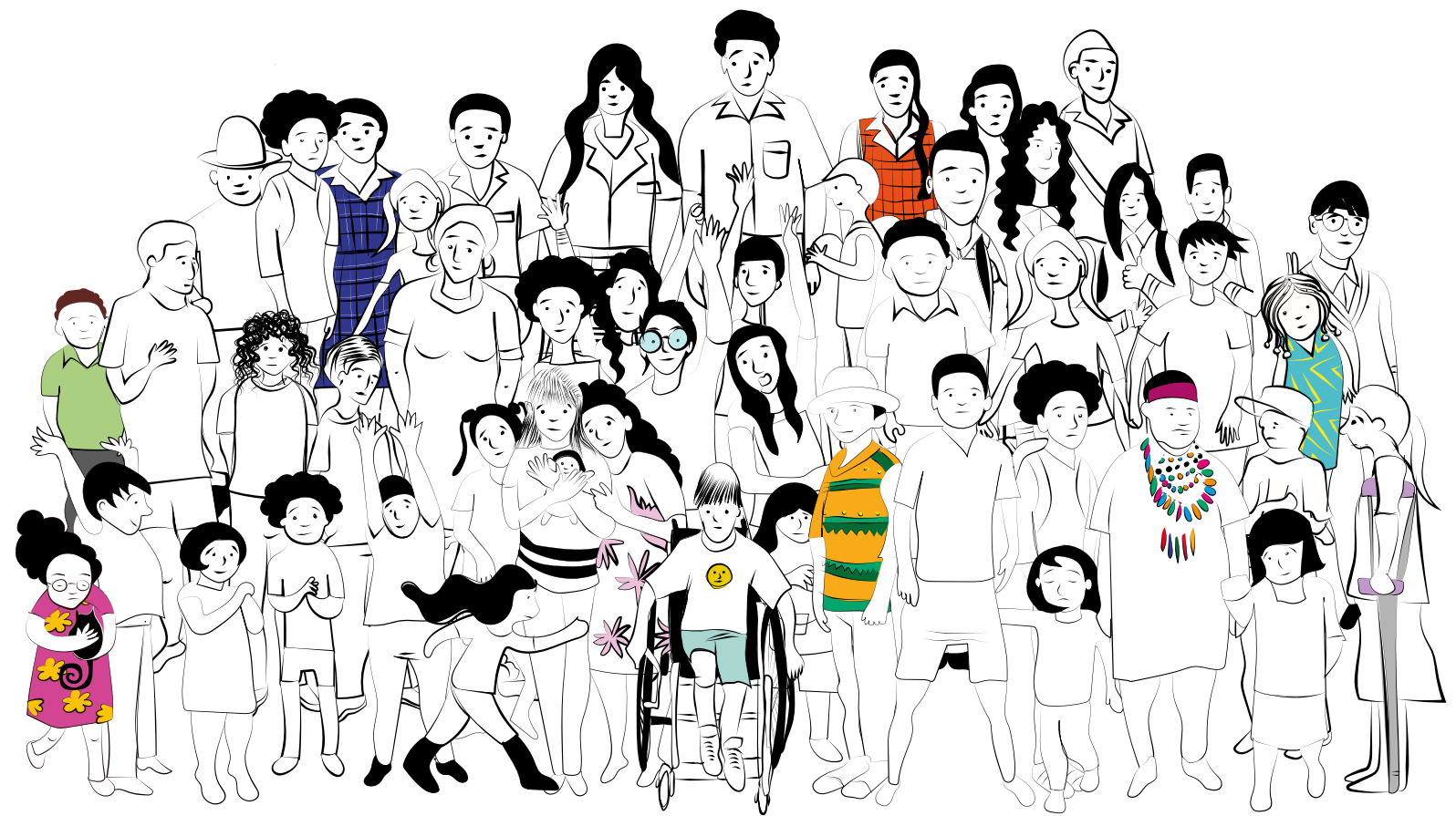
<https://web.comisiondelaverdad.co/encuentro-nunca-mas-ninos-ninas-en-la-guerra>

Búsqueda por palabra niños

<https://www.comisiondelaverdad.co/buscar?query=ni%C3%B1os&page=1>

Búsqueda por palabra Jóvenes

<https://www.comisiondelaverdad.co/buscar?query=j%C3%B3venes>





CON EL APOYO DE:



Embajada
de la República Federal de Alemania
Bogotá



LEGADO
COMISIÓN DE LA
VERDAD

